



Filosofía para **inconformes**

ÓSCAR DE LA BORBOLLA



ESPA
PDF

Filosofía para inconformes es un libro rebelde, escrito con humor y corrosiva amenidad donde las ideas fluyen en forma de ensayo, fábula, monólogo, aforismo, diatriba, manifiesto... hasta formar un mosaico multigenérico donde el lector podrá reírse de todo y, principalmente, de sí mismo. No se trata de un pensamiento amargo que desemboque en la tristeza y la abulia, sino de un desencanto festivo que hace del pensamiento un carnaval.

En esta obra, Óscar de la Borbolla —pensador agudo y amargo— reflexiona con impecable humor negro a propósito del sentido de la vida y la muerte; de la locura y la demagogia; de la corrupción política, del amor y, en general, de los asuntos que han preocupado siempre a los filósofos, y que hoy resulta indispensable abordar sin complacencias.

Filosofía para inconformes propone un entramado de conceptos que dan expresión a la inconformidad actual.



Óscar de la Borbolla

Filosofía para inconformes

ePub r1.0
urmed1 09.12.16

Título original: *Filosofía para inconformes*
Óscar de la Borbolla, 2010

Editor digital: urmed1
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

*A Ulises, estas ideas que son la Ítaca
a la que siempre vuelvo*

Contra la humanidad

Bastaría con que en la historia hubiese habido una sola guerra, con que una sola vez se hubiera usado la razón como estrategia de exterminio, para que la humanidad completa mereciera el desprecio, para que el género humano, sin excepciones, estuviera bajo sospecha, provocara náuseas y para que desconfiáramos de todos, incluso de nosotros mismos. Una sola vez: un único contubernio de la razón con la violencia sería suficiente para probar la degeneración de la esencia del hombre.

Pero ni siquiera tenemos ese pasado de inocencia; más bien, la historia humana está bañada de sangre: no hay metro cuadrado de la superficie de la Tierra donde no se haya cometido algún asesinato fruto del cálculo, de la lógica, de la capacidad de discernir. La lectura de la historia universal muestra que pensar y matar son la misma cosa, y que no hay pueblo ni época en la que la razón resulte inofensiva.

Desde aquella mítica quijada de burro hasta las sofisticadas bombas de neutrones, que respetan los edificios arrasan con cualquier forma de vida, campea una sola evidencia: somos, no existe la menor duda, la especie que se distingue por el autoexterminio.

Todo ha servido y sirve de pretexto para que la podrida naturaleza humana se manifieste: no hay asunto, idea, valor u objeto por el que no se haya matado: la historia es una cantina de pendencieros en la que cualquier cosa es motivo para desencadenar la violencia: los seres humanos se han matado igual por las posesiones materiales que por las espirituales: por el oro y por las creencias, por los ideales y por las vilezas, por las teorías científicas y por las religiones; se han matado hasta por la paz.

¿Cómo pertenecer a una especie ante la que no podemos contener nuestra repugnancia? ¿Cómo confesarnos seres humanos sin experimentar asco y vergüenza? Con una trampa muy sencilla: basta con dejar de ver el bosque y mirar los árboles, con cambiar el filo a la mirada, con negar la evidencia que dice: «Nada humano me es ajeno», gritando: «Yo no soy así».

Este grito revive, por enésima vez en la historia, el conflicto del individuo contra la especie. «Yo no soy así» es el emblema de quienes, por sospecha o conocimiento de causa, desprecian y aborrecen al género humano, de quienes entienden la clase de maleza donde fueron sembrados y pretenden reivindicar su diferencia. «Yo no soy así y

ha habido muchos que no fueron así» gritan quienes aspiran a no salir embarrados. Uno busca entre la escoria humana a ciertos individuos para levantar un árbol genealógico personal: uno inventa su estirpe en el pasado y su familia en el presente, porque la soledad ontológica es insoportable. Resulta imperioso establecer que uno no es el único y, por ello, cuando por primera vez se experimenta este asco, o sea en la juventud, uno sale a buscar a cualquier costo a sus ídolos, a sus héroes, a sus pares y, en cuanto cree encontrarlos, los lava con los más acicaladores detergentes de la ilusión y del optimismo pueril; les restaña los errores o se ciega para no verlos: no se desea oír crítica alguna, porque los antepasados o los contemporáneos, a quienes se ha idealizado para sentir menos cruda la soledad, son simplemente maniqués a los que se viste con el propio traje o espejos donde, con vacuna satisfacción, uno se contempla extasiado. De esta manera surgen los héroes de la juventud: semidioses populares que cantan *rock* o que encabezan movimientos de protesta social y política: el único requisito que en esos años ingenuos exigimos a quienes se convertirán en nuestros héroes es una dosis mínima de rebeldía: una dosis del tamaño de nuestra propia rebeldía e inconformidad: queremos que nuestro ídolo sea o parezca diferente al resto de los seres humanos a los que despreciamos.

La diferencia (nuestra diferencia, aquello que nos impide reconciliarnos con los demás, sentirnos hermanados con «ellos») es, paradójicamente, el factor que nos aborrega, que nos dogmatiza, que inicia nuestro ingreso al mundo corrupto que tanto repudiamos, pues deslumbrados por los centenares de kilovatios que nosotros mismos hemos encendido a los pies de barro de nuestros ídolos, amputados de nuestra capacidad crítica a la que voluntariamente renunciamos para no empañar ni un ápice la perfección de nuestros héroes, nos volvemos, precisamente, como aquellos a quienes odiamos: personas sometidas, dóciles y fieles a una nueva pandilla. Un nuevo grupo que, como todos, ha de valerse de los mecanismos que aseguran la supervivencia de las pandillas: el cuatachismo intermafia, preferir por encima de cualquiera al cofrade, declarar la guerra a otras pandillas, exigir que se cumpla con la disciplina interna, y que se respete y defienda el dogma fundante, en pocas palabras: uno se convierte en la misma basura de siempre. Aunque, claro, se crea, por algún tiempo, que uno sigue siendo distinto, porque el grupo propio sí tiene la razón.

La indignación juvenil por muy seria que sea, por muy auténtica que resulte su sensación, por muy prometedora de abismos, de revoluciones y reformas, es cosa de risa. Es completamente natural que los jóvenes se inconformen: que al descubrir por primera vez la calidad moral de la especie de la que forman parte, quieran divorciarse. Lo raro es la indignación senil: el asco que no depende de que el organismo comience a secretar hormonas. Pero la rareza tampoco significa nada: no es más auténtica el agua

del desierto por escasear ni menos la del océano por su abundancia. Ambas escapan entre los dedos, porque esa es su naturaleza; ambas se evaporan igual y desaparecen igual. La indignación madura y la senil puede ser, como la de los jóvenes, cosa de risa: mera reacción mecánica provocada por el fracaso, simple resentimiento del que no pudo conseguir, vil estrategia para intentarlo una vez más: no cualquier rebelde maduro es por esa sola coincidencia honorable; antes bien, su revuelta es, como ninguna otra, sospechosa: la espontaneidad no le dicta los colores de su rebeldía; ya sabe y se disfraza con esos tonos, ya sabe y se distingue así, ya sabe y continúa... Pero, ¿qué es lo que sabe?, ¿qué saben los viejos? ¿Acaso la vacuidad de toda rebeldía y lo inútil de todo intento de transformación? En cualquier caso: saben de la ineficacia de su revuelta juvenil, saben que ellos no pudieron entonces, puesto que el mundo no cambió esa vez, puesto que siguen intentándolo. Este saber es lo que se llama experiencia y, en términos más cursis, desengaño. Los viejos inconformes saben del desencanto y, pese a ello, continúan; pero ¿por qué siguen si la primera calvicie con que se anuncia la madurez es la pérdida de la esperanza? ¿Por qué siguen sin esperanza? Muchos, por conveniencia, hacen de la propuesta una artimaña, un modo de vida; otros más, por costumbre, porque ese es el camino que conoce su inercia y, algunos, los menos, porque no han terminado de entender: siguen por necios, pues es de necios no perder la esperanza a pesar de la experiencia. Y estos son los rebeldes auténticos: los viejos esperanzados o, como quien dice, aquellos a quienes la experiencia no ha doblado. Es curioso que la necedad sea un valor en un mundo en que se encumbra la razón, el discernimiento; lástima que también la necedad precipite la violencia, lástima que todos, incluidos los ídolos desdorados de la juventud seamos... humanos: paquidermos podridos con cola que nos pisen. ¿Quién que es no es humano?

Y, sin embargo, los rebeldes son los mejores: por lo menos, sincera o fingidamente, prueban este mundo dando muestras de indignación; los demás, los que integran la gran multitud que únicamente bala y dormita, los borregos acomodaticios de la historia, los que jamás han conocido las sacudidas de la conciencia ni del disgusto moral, aquellos para quienes se inventó la frase «hacerse de la vista gorda»; los inconscientes por decisión, los hábiles que muy pronto encuentran la coartada para no meterse en problemas, para no hacerse la vida pesada. Quienes descubren los meandros de la podredumbre y se arrastran con eficacia hacia sus metas: los cómplices de la corrupción, los que racionalizan y legitiman su conducta de miserables porque: «Para un mundo de estiércol basta una dignidad de gusano». Éstos y los francamente corruptos, los que desde cualquier peldaño del poder usan su influencia para envenenar la justicia: los peores, los más respetados, completan la gran familia humana.

Porque por algo fracasan los rebeldes: no es posible deshacer el mar a puñetazos:

la humanidad es ese mar contra el que no se puede: es una masa enorme de cobardía, miedo e inconsciencia y, con estos ingredientes, resulta inevitable el ascenso de los infames. No nos extrañe la cantidad de canallas que triunfan. No nos asombre que la sociedad encumbre, tema y respete a sus ladillas. Estos son sus hijos predilectos: los más decantado de su seno. Los pueblos no sólo tienen los gobernantes que merecen: los pueblos los escogen, los ayudan, los fomentan: los producen. Cada pequeña canallada contribuye, cada trampa, cada ruindad teje la trama de este mundo donde se ha enseñoreado la inmundicia. Lo asombroso sería hallar un brote de decencia, una planta, por insignificante que fuera, que no apestara, que no hundiera sus raíces en la infamia. Ya ni la lámpara de Diógenes existe: ¿cómo buscar un hombre entre los hombres si ya ni quien sepa qué es lo que hay que buscar?

En el paisaje de los pueblos sólo hay dos componentes: las llanuras de las masas hipnotizadas y los cerros de los alpinistas de la prostitución: el arriba y el abajo están tan próximos desde que se apagaron las estrellas, que ya nadie distingue más altura que la de los faroles del alumbrado público. El único tapanco al que se aspira, el único promontorio que se reconoce es el del dinero y el poder. Nada vale más allá de su valor en dólares ni tiene otra importancia que la que la fuerza le confiere. ¿Ante qué otros dioses podría hincarse una masa compuesta de hambrientos sin criterio y de rufianes cebados sin escrúpulos?

Cuando el hombre no inventa por encima de sí la perfección que opaca su vida y la llena de culpas, se lanza al fango de la mediocridad y, con tal de sacar la nariz, hunde a cuantos estén a su alrededor, al fin que nadie lo vigila y de ese modo los demás lo respetarán. Hoy, ¿ante quién se podría entablar una denuncia si nadie comprende nada, si nadie hace nada, aunque para todos resulte claro y evidente?

¿Qué revuelta, qué rebelión se tendría que emprender, no para derribar los cuarteles de la fuerza donde en piscinas de sangre chapalean los tiranos, sino para extirpar de cada uno de los hombres esa pequeña miseria que tienen en el alma, esa pequeña violencia que tienen en los puños y esos ridículos colmillos con los que tan eficazmente se carcomen unos a otros? Porque no hay hombre que no resulte un criminal a escala y que no contribuya con su granito de infamia a la enorme desgracia que define este mundo: son trampitas, dirán, disimulos, cohechos al menudeo, porque todos se creen inocentes en lo individual; pero la suma de las partes da esta enorme inmundicia planetaria donde millones mueren de inanición o de enfermedades que podrían curarse con unas simples píldoras, donde millones están condenados a pasear su frustración por las calles o los campos, y donde millones padecen la brutalidad de los dogmáticos, de los racistas, de los que amasan sus fortunas sumiendo en la miseria pueblos y continentes enteros. ¿Qué revolución metafísica haría falta para cambiar al hombre, a

ese ser repugnante que desde que comenzó la historia no ha hecho más que convertir este magnífico planeta en una pocilga y nunca, jamás ha conseguido hacer de él una morada decente? Porque hasta entre los niños, entre los que uno imaginaría que reina la inocencia y la concordia, no hay otra cosa que veneno y crueldad. Es la etapa de la jauría, de la más encarnizada persecución de los unos contra los otros y, principalmente, de todos contra el distinto. Son juegos, volverán a decir. No, no son juegos: es la primera manifestación de la perversidad humana que hace de la infancia un infierno, una mazmorra de tortura en la que unos se convierten en verdugos-verdugos, y otros en verdugos-víctimas; es el anticipo de lo que más tarde podrá verse en todo su apogeo.

¿Qué grupo humano, qué gremio laboral, que tribu bondadosa perdida en los confines de la Tierra podría erigirse en un contraejemplo? ¿De quiénes podría decirse, llegada la hora, que no se comportan como perros? ¿Son mejores los ricos o los pobres, los ingenieros o los poetas, los campesinos africanos o los banqueros de Inglaterra, los hombres o las mujeres? ¿Existirá algún grupo ante el cual resulte prudente bajar la guardia y no estar alerta? Es bien sabida la crueldad de los fuertes, el soez imperio que ejercen, las brutales estrategias que emplean. Pero no son menos crueles los débiles: siempre hay alguien más débil sobre el que descargan su justificada frustración convertida en furia. Es bien sabida la opresión que han padecido las mujeres; pero esto no las vuelve mejores que los hombres. El verdugo corrompe porque inculca su tabla de conducta en la víctima: despierta en ella un deseo simétrico de venganza: el anhelo de revancha.

Sólo parecen mejores los grupos a los que uno no pertenece: por dentro, todas las corporaciones están podridas. La visión romántica y esperanzada es siempre una visión distante, una apreciación de turista. La convivencia prolongada con los semejantes termina provocando espanto, pues con el tiempo uno no sólo llega a conocerlos, sino a conocerse: a descubrir en uno al ejecutor de los mismos asesinatos.

El mejor medio no sólo de entender sino de encontrar la esencia humana, de tocar con las manos el alma del hombre es proponernos algo: querer algo, cualquier cosa, con todas las fuerzas, y entregarnos a su consecución. Esto desnuda lo que somos. No es en la filosofía ni en los libros donde se aclara nuestra naturaleza, sino en el fracaso o en el triunfo que el futuro nos tiene reservado, porque tanto lo uno como lo otro es consecuencia de las trampas, de las traiciones, de las puñaladas; de lo urdido por los demás en nuestra contra y de la astucia con la que conseguimos capitalizar ese odio: de la manera como sacamos ventaja o desventaja de las insidias ajenas y de las propias. No existe afán que no revele en el camino la verdadera ralea de nuestra esencia. Es en el emprender donde el hombre se despliega en toda su repugnante podredumbre, porque

cuando se triunfa sólo hay que comparar el entusiasmo con el que comenzamos nuestra empresa, el aparente apoyo que en el inicio los demás nos brindan, su envidia incipiente, con los obstáculos que son capaces de arrojar cuando nos miran cerca de la meta: la envidia arrecia, madura la maldad, y entre permitirnos el éxito o dañarse ellos mismos, prefieren hasta inmolarse con tal de cerrarnos el paso: los demás son, frente a nuestros proyectos, kamikazes del odio, y peor reaccionan ante nuestro fracaso, pues, entonces, su mal disimulada alegría nos lastima más que su envidia: nos hierde más su compasión fingida que sus burlas. Cómo se esmeran para hacernos sentir que no pudimos, que nos falló el tesón y nos falló el talento, porque deliberadamente malocultan la navaja con la que cortaron nuestros hilos de alpinistas, y si nos dan palmadas en la espalda, es para terminar de hundir los tronchados muñones de nuestras alas. La sorna envuelve, incluso, a nuestros compañeros de empresa, a aquellos a quienes también despeña nuestro fracaso, pues, aunque los derribe, no pueden impedir gozarlo.

Y es que el odio también está en nosotros: no es tan sólo lo esencial del alma ajena: está en nuestra propia naturaleza que conspira, que mes a mes nos apaga el entusiasmo, que año tras año nos despoja de la fuerza y que, cuando triunfamos, en esas escasas y mediocres ocasiones, hace que los primeros indignos de lo conquistado seamos nosotros, pues lo logrado, sea lo que fuere, siempre se alcanza muy a pesar nuestro: sin que terminemos de entender cómo se tejieron las causas y cómo se pudieron superar nuestros errores. Nadie jamás estará a la altura de su triunfo, por vano o por grande que sea. Nunca lo alcanzado corresponde con los sueños. Somos nosotros quienes envenenamos el éxito, quienes lo desinflamos para que emerja la costumbre, la decepción fatigante que somos capaces de encontrar en todo lo que poseemos. No es extraño que nadie consiga alargar la felicidad o el placer más allá de unos minutos y, en cambio, la infelicidad y el dolor puedan prolongarse meses y a veces hasta años.

Nuestra propia naturaleza colabora con la desgracia: cuando fracasamos, parece un pez en el agua. Qué eficacia la nuestra para echarnos en cara, convertidos en equivocaciones, hasta nuestros aciertos. Uno es el primer enemigo de uno mismo, y el segundo enemigo de todos los demás y, por ello, una fuente de placer, nada desdeñable, es el fracaso ajeno, y un motivo de regocijo para los otros son nuestros tropiezos. Es cierto lo que dijo Groucho Marx: «No me basta con ser feliz, necesito que los demás sufran»; pero también es verdadera la fórmula contraria: «No es suficiente con ser infeliz, se necesita que los demás gocen»: sólo así nuestra ruina es total y podemos regodearnos en ella, sólo así se efectúa el divorcio completo de los otros y nos sentimos no solos, sino únicos: importantes y trascendentales. Qué oscura dicha la del infeliz que gustoso se abisma: no porque quiera tocar fondo, sino porque desea que no

haya fondo para que la sima de su bancarrota sea infinita.

Animales aviesos, los hombres, lobos unos de otros y de sí mismos, tienen como irrefutable tarjeta de presentación la historia. Ahí está, ahí, en los anales de la humanidad, la prueba de la demencia del hombre, el manifiesto de lo que somos: ninguna especie ha derramado más sangre ni ha llevado más lejos su poder destructivo.

Hay, no obstante, un ángulo desde el cual el hombre inspira una conmovedora lástima. Una mirada que redescubre triste toda su pantomima, desde la que toda su arrogancia y toda su crueldad provocan pena: basta con imaginarlo, luego de la batalla, luego del homicidio, luego de la traición, luego de la fiesta de la victoria, ya solo, sin testigos que sigan obligándolo a fingir, con la vista perdida hacia la noche sin entender nada, sin saber nada: basta con imaginar al hombre ante su propia duda, en ese instante en que la reflexión lo encara con su muerte.

Monólogo de la muerte

Señoras y señores:

No quiero que por ningún motivo se me mal interprete. Si he aceptado hablar en estas páginas, esto no significa que haya decidido adelantar la cita que tengo prevista con cada uno de ustedes, y tampoco, que las aclaraciones que enseguida haré deban tomarse como una prueba de deferencia que los hará merecedores de un trato especial a la hora de la hora. Desechen cualquier esperanza: no somos amigos. Estoy en estas hojas por curiosidad, vine aquí para mirarlos en una circunstancia distinta de aquellas en las que normalmente me les aparezco: estoy cansada de los rostros convulsionados por el dolor, de los cuerpos que temblequean por la enfermedad o los años; cansada de esas expresiones de pánico que afloran cuando se me siente llegar.

Sí, como ya lo habrán comprendido, soy la Muerte. La misma que en el 85 descubrieron al remover toneladas de escombros, la que estaba allí bajo los montones de miseria y tabiques dándose un gran banquete; la misma que desocupa los cuartos de los hospitales para que la avalancha de agonizantes no se congestione en los pasillos y cada infeliz pueda tener una cama desde la cual saltar a mis brazos. Soy la Muerte: esa que derriba el avión, la que atasca los pulmones al ahogado, la que revienta los sesos con el tiro de gracia, la que igual barre con los viejos secos de un asilo que arrasa con las tiernas esperanzas de una maternidad, la que nunca se va en blanco, la que separa a los amantes, dispersa las reuniones e introduce ese tufillo de carne descompuesta en los velatorios. Soy la incansable: quien troncha a miles de personas por minuto, quien mantiene ese rumor estereofónico procedente de todos los países del orbe, ese cacareo ronco que se escucha a todo lo largo, ancho y hondo de este inmenso corral planetario, donde sólo rige mi ley. Mi arbitraria, soberana e inviolable ley insobornable del aquí te mueres, del aquí te quedas, del aquí no pasas, del aquí te acabas.

Soy la Muerte: quien les arrebató a su madre, a su padre, a su esposo, a la abuela loca, a la tía soltera, al hermano mayor, al amigo de la infancia, a su cantante favorito. ¿Qué ocurrió con aquella mujer que vendía los periódicos, qué sucedió al desconocido que las llantas del automóvil embarraron en el asfalto, qué a los pescadores que perdieron el rumbo y en vez de remar hacia la playa remararon mar adentro...? Yo los tengo, a todos los desaparecidos yo los tengo. Soy la que ya conocen: por mí han

llorado; se les ha secado la garganta, enrojecido la cara e irritado los ojos; por mí han moqueado y berreado y han pedido perdón juntando las manos y alzando los brazos. Soy la de siempre, la que habrá de cargar con ustedes y con sus hijos, y con los hijos de sus hijos hasta que al final no quede nada: ni un último vástago, ni un borroso recuerdo.

¿Quién de ustedes no me conoce?, ¿quién es todavía virgen frente a mí?, ¿quién no lleva en el alma mi mordisco?, ¿quién no ha perdido a alguien? ¿Verdad que a todos les he tajado el alma, que ya los he matado un poco, que de mí nadie puede decir que sólo sabe de oídas?

¿Quién de ustedes no me odia? El imbécil que me cree su cómplice, el que piensa que trabajo para él quitando de su camino al contrincante, abreviando el dolor a su querido enfermo, poniendo a sus pies la sorpresa de una herencia, y hasta quienes me consideran bondadosa, pues imaginan que en el remotísimo futuro, cuando la vida se les vuelva pura indignidad insoportable, les haré un favor.

Como ven, hay quienes agradecen mi trabajo: los dictadores y los filósofos, los asesinos y los pobres. ¿Qué harían los dictadores de esta América, zona de tan prósperos pantones, si no pudieran deshacerse de los inconformes? ¿En qué otro asunto encontrarían los filósofos tema para sus disertaciones y razón de ser para sus sentencias melancólicas? Sin mí, los pobres —los pobres pobres— arrastrarían eternamente su miseria bajo las también eternas miradas de lástima. Y eso por no hablar de quienes maman directamente del chorro copioso de mis ubres: de los enterradores, de los médicos, de los dueños de las criptas, de los fabricantes de tumbas: algunos me deben el pan que se llevan a la boca, algunos me dedican poemas y canciones, me dan las gracias, me guñan el ojo y, a veces, hasta bravuconamente me provocan; pero cuando me sienten, cuando dejo de ser calaverita de azúcar, muñeca de papel periódico amasado con engrudo, y despliego mi rango metafísico, quiero decir, cuando me les meto como un frío por las piernas o les toco el hombro, cuando con un golpe por adentro les paro el corazón, entonces todos tiemblan y es su propio temor lo que los mata, porque casi todos los seres humanos se mueren de susto. Claro está que se están muriendo de otra cosa: porque un auto los atropelló, o porque tienen carcomido el hígado a causa de una perra cirrosis, o porque tienen deshechos los pulmones y las flemas los están asfixiando, o simple y llanamente porque han perdido tres litros de sangre por el agujero que una bala les abrió en el abdomen. Pero en el momento preciso, cuando escuchan detrás de ustedes mi jadeo y la boca les sabe a moneda de cobre, es el pavor lo que los mata. Yo sólo tengo que empujar a los muy brutos más allá de la raya. Y es que en ese momento, de nada valen los desplantes ni las baladronadas, pues es la carne, la carne miserable de sus cuerpos —la pulpa, el tejido adiposo, el correosos pellejo— la que siente mi llegada; no es la razón, no es el cerebro con sus

circunvoluciones filosóficas el que da la voz de alerta; es la piel seca y la húmeda mucosa, es el tejido muscular, el cutis y la carne de la boca. Todos advierten mi proximidad y por eso se arrugan, se les frunce el entrecejo, aprietan el estómago con toda el alma y, justamente, es ese temor lo que los mata.

Por eso les pregunto: ¿qué célula de ustedes no me odia?, ¿qué intestino no se retuerce?, ¿qué dientes no castañetean?, ¿qué cuero cabelludo no se eriza cuando me siento? Dicen que soy una pelona, una tilica, una calaca, una huesuda y, la verdad, no existe ser más obeso que yo: soy una matrona cebada, enormemente gorda, saludable y feliz que deglute cuanto se le pone delante: de una tarascada puedo tragar un pueblo entero de japoneses o de estadounidenses, porque también en San Francisco tuvieron su Hiroshima y en Chernobyl su San Juanico, y en la segunda Guerra Mundial arrasé con tantos judíos, alemanes y rusos como los que ahora, en épocas de paz, devoro entre las huestes desnutridas del ancho Tercer Mundo. Si se revisara mi dieta: las estadísticas de mortandad, nadie con dos dedos de frente me imaginaría flaca. Flacos los muertos, flacos los cadáveres con los que sacio mi apetito hasta dejarles pulidos los huesos, flacas las momias o los esqueletos; yo estoy abotagada, sonrosada y radiante; hinchada y redonda como este planeta.

Y es que acerca de mí sólo se levantan patrañas, mentiras estúpidas. Dicen, por ejemplo, que soy justiciera, que atraso con jóvenes y viejos, que igual visito chozas que palacios, que no hago distinguos, que conmigo no cuentan los sobornos, que soy pura, intachable, inmaculada, que mi justicia es impecable, incorruptible y perfecta. ¡Mentiras! ¿Cómo pueden estar tan ciegos? ¿Ustedes creen de veras que es lo mismo morirse podrido de miseria, hundido en la soledad y la impotencia, dejando a los hijos en el desamparo, lastrados por las deudas y la anemia, que morir bien atendido, rodeado de lambiscones y enfermeras, oliendo a lavanda, narcotizado con potentes anestésicos y con la tranquilidad de haberla gozado, de legar a los deudos una jugosa herencia? ¿Ustedes creen que la vida no cuenta, que se mueren igual los infelices que se la pasaron muertos de hambre y muertos de pena, que los hartos, que los satisfechos: los que probaron de todo y todo lo tuvieron? De veras que están ciegos: yo también me aprovecho. ¿No han visto cómo se reproducen los pobres y cómo los diezmo? ¿No han comparado la esperanza de vida en África o Latinoamérica con la que tienen los franceses o los suizos? ¡Carajo! ¿Yo, justiciera? La justicia es pura demagogia, es un lema de campaña política, una consigna de pordioseros. ¿Cuándo han visto que alguien realmente poderoso hable de justicia y demande el respeto de sus derechos humanos? De justicia hablan los reyes endebles y los presidentes inseguros que necesitan legitimarse ante la plebe. Un verdadero jefe jamás invoca la justicia; un tirano, un dictador plenipotenciario, un autócrata, un mandamás auténtico habla de fuerza, de

poder; su discurso está lleno de amenazas de muerte, porque la muerte es, óiganlo de mi boca, la única médula, la única fuente, la esencia oculta del poder: no hay más poder que el poder matar. Quien es obedecido porque convence, o porque al súbdito le conviene, le parece correcto, sensato y razonable lo que le mandan, no es obedecido realmente, pues en el fondo el esclavo convencido se obedece a sí mismo.

Para ejercer el poder, para mandar de veras, es forzoso ordenar lo inadmisibile, aquello que sólo se acata por temor a la muerte. El poderoso dice: Lo haces porque lo mando yo, porque si no lo haces te mato. El dictador no necesita pretextar la justicia cuando me tiene a mí, cuando posee la fuerza disciplinante de la muerte. ¿Y creen ustedes que yo soy justiciera? En verdad, me hacen reír: para mí la justicia no significa nada. Entiéndanlo de una vez por todas: yo soy quien sostiene a los tiranos y quien otorga su fuerza a los dioses, pues ni siquiera Dios puede más que yo: yo soy el brazo ejecutor de Dios: yo soy quien echa a andar todo lo que se mueve: el lobo que corre detrás del conejo y el cazador que persigue al lobo se mueven por mí. Cada átomo y cada molécula se agitan para producir la ruina en la que yo aparezco; yo soy quien empuja las manecillas del tiempo para que todo avance hacia su destrucción, yo soy quien arroja las olas contra los arrecifes para pulverizarlos, yo soy quien inicia el incendio, quien lo alimenta y quien lo extingue; yo soy quien hace crecer los desiertos, quien desencadena los tifones, quien esparce la enfermedad por el mundo, y lo mismo aconsejo al general la más mortífera estrategia, que empujo el cuchillo del asesino hacia la zona más vulnerable de la víctima. Sin mí, nadie respetaría a nadie: no habría jefes ni patronos ni gobernantes ni dioses, porque no habría temor. ¿Quién temería a Dios si yo no existiera? ¿Quién se acordaría de Dios si nadie tuviera que dejar la vida? Si yo no existiera, ustedes se concentrarían en este mundo y el imperio del más allá se desmoronaría, porque si no tuviesen que morir serían inmortales, y los inmortales no se ocupan de los inmortales. Yo soy quien los reduce, los humilla, quien los pone a cuatro patas frente a Dios.

¿Y creen, acaso, que siendo tan poderosa soy la sirvienta de Dios: su ama de llaves? ¿Acaso no se han dado cuenta de que lo único que verdaderamente no muere es la muerte, de que lo único verdaderamente inmortal soy yo, que yo soy todopoderosa, puesto que ni Dios puede contra mí; que soy más ubicua que Dios, puesto que estoy en todas partes, pero a mí sí me ven, que soy omnisapiente, porque sé lo único importante: el momento preciso en el que arrasaré con cada uno de ustedes? ¿No se han dado cuenta de que el único y verdadero Dios soy yo?

Así lo entienden los moribundos: ese pánico que les entra al final es la certeza de que yo soy el absoluto, la eternidad de la que ya jamás habrán de librarse, porque los muertos se mantendrán muertos, aunque pasen las horas o los siglos; aunque los deudos

se desgarran la cara, lloren hasta deshidratarse o se desgañiten a gritos, ellos seguirán muertos y no volverán. No volverán por más que los esperen, los busquen, los invoquen; por más que rueguen o maldigan, no volverán nunca, no regresarán a ocupar su sitio en la cama, ni volverán a sentarse a la mesa, ni los encontrarán al abrir una puerta o al doblar una esquina: no los podrán tener ya jamás junto a ustedes. Yo soy quien enseña el significado de «nunca»: quien penetre en mi reino se mantendrá aturdido a perpetuidad, y quien haya perdido a alguien, abandone toda esperanza: también se mantendrá irremediabilmente carcomido, porque yo no me conformo sólo con el que muere, también mato en parte a los sobrevivientes, les desmantelo el alma. Así me anuncio, así me doy a conocer, así anticipo mi próxima visita. Esta es la cara que ustedes me conocen: soy esa herida que les ha dejado su difunto, esa cortada por donde se les cuele la nostalgia, ese hueco en la casa, ese boquete que tratan de olvidar pero que a ratos, reaparece como una ventana, como un hoyo en el pecho, como la vaga sensación de que algo les falta.

Y es que los seres de su especie, por más ruines que sean, hunden sus raíces unos en otros, se enmarañan en una red de afectos y, a veces, hasta llegan a estar soldados, fundidos, confundidos de las almas y, cuando los arranco, cuando los parto en dos, cuando los trozo... ¡Cuánta maldita lágrima! ¡Cuánta sangre inútil, aguada y transparente les sale de los ojos! Y ahí quedan medio muertos, saqueados, con un agujero a la medida de su amor.

Me encanta separar a los amantes: ponen unas caras... externan unos gestos, aúllan como si los estuvieran desollando, como si un fierro ardiente les astillara el cóccix. Me encanta fulminar a las madres: siempre traen en las manos una porción de vida de sus hijos. Me encanta dejar en los vivos una herida que se les va pudriendo. ¿Quién no tiene una abuela, una madre, un tío que yo no le haya arrebatado? ¿Un padre, un hermano, un hijo? ¿Verdad que todos son sobrevivientes? ¿Verdad que alguna vez —una vez que prefieren no recordar— les hice una visita? ¿Verdad que saben de qué les hablo? Sí. De aquella vez de su infancia, cuando los adultos de la familia estaban llorando y ustedes no entendían pero terminaron poniéndose serios, y de ese otro día más reciente, cuando dijeron para consolarse: «Así es la vida» o «Dios lo quiso», o simple y llanamente dijeron: «Ni modo» y se soltaron a llorar. ¿Verdad que sí se acuerdan? Se les cayó el pelo, estaban ojerosos y sin apetito hasta que hicieron un esfuerzo por sobreponerse, un esfuerzo que de nada les valió, pues más bien fueron los días, el ajetreo diario, la sabia y desmemoriada carne que renueva cada mañana sus urgencias lo que los regresó a la vida, a esa vida de todos los días, donde ustedes piensan que yo no tengo sitio porque están ocupados, atareados, afanándose, corriendo detrás de cualquier cosa. Cómo me dan risa sus ahorros y sus pérdidas: se preocupan

como si fuesen eternos.

Y, a pesar de todo, no soy cruel: les permito olvidarme; soy práctica: me vuelvo invisible para que ustedes se instalen a sus anchas en la vida, se distraigan y se reproduzcan para mí. Cruels son la Enfermedad y la Vejez que, cuando llegan, se les prenden día y noche para recordarles, con el dolor y la impotencia, la «dicha» de estar vivos y, con todo, la enfermedad, aparatosa y canalla, es menos cruel que la vejez, paulatina e irreversible, pues la enfermedad contiene, siquiera, la esperanza: esa ilusión de huir de mí. Yo los dejo respirar para que mi presencia no se abarate, para que cada muerte parezca la primera, pues, por definición soy enemiga de la costumbre: yo soy, la única costumbre que siempre sorprende.

Y, aunque ustedes no lo crean, soy puntual: los tengo tan a la mano que materialmente es imposible que me retrase ni un segundo y, por ello, me repugnan los suicidas que fallan: calculan tan bien no encontrarse conmigo, se esmeran tanto para levantar una escenografía donde yo falte que, en ocasiones, por castigar su burla los mato: cierro herméticamente las puertas y ventanas de las casas para que el gas no convoque a los curiosos, añado potencia a los barbitúricos que ingieren, corrijo el ángulo de las pistolas para que las balas no sólo arranquen patillas y, cuando se cortan las venas, les inyecto anticoagulantes, pues, entre todos los falsarios, el peor es el suicida de mentiras: juega con la única verdad del universo. No me importan sus móviles: siempre son ridículos; lo que me repugna es la ineficacia en un trabajo tan simple como quitarse la vida. Ustedes son tan frágiles que no caben pretextos: estoy en todas partes: no necesitan ni buscarme: estoy en el fondo del agua y en los ojos de las serpientes, en el beso instantáneo de las ruedas sobre los rieles, en las puntas de las cuerdas, en los cables electrificados, delante de los trenes y hasta dentro de una bolsa de plástico. Quien aparenta llamarme y no me halla es, por donde se le mire, un ser despreciable.

Yo desconfío de los suicidas: no son personas serias ni seguras como los verdugos: los verdugos no fallan, y no porque sean profesionales de la muerte, pues por lo general son individuos lerdos que oprimen un botón, jalan una palanca o levantan un hacha; no necesitan ni saber leer, porque matar es el oficio más simple y antiguo de la historia; es más viejo que la prostitución; es casi de la edad de las estrellas, porque yo existo desde la aurora de los tiempos. Fallar conmigo es, de veras, merecerme. Aunque de hecho me merecen todos.

¿Cuál puede ser el sentido de unos seres como los hombres que ni de distracción sirven, pues se copian la vida unos a otros y basta con observar a cualquiera un momento para prever la lógica de la humanidad? ¿Será anormal que si se pasan la vida muertos de hambre o muertos de cansancio, muertos de ganas o muertos de amor,

muertos de aburrimiento, de miedo o de tristeza, desemboquen en mí? ¿Ustedes creen que su misión es otra que alimentarme? ¿No se dan cuenta de que es su vanidad la que les impide ver lo obvio, descubrir lo evidente? No hay regla más clara en todo el universo: todo cuanto existe es para mí.

Aforismos del caos

Que la naturaleza está del lado de los asesinos, lo prueba el hecho de que el grito de auxilio tiene, a lo más, un alcance de cincuenta metros.



Si el universo entero tiende al desorden, pues nada escapa a la entropía, ¿qué caso tienen nuestras difícilísimas victorias momentáneas?



La flecha del tiempo siempre apunta hacia lo peor: lo saben los físicos cuánticos y cualquiera que se atreva a mirar el mañana sin engañarse.



La realidad no nos enseña nada, pero nos obliga a aprender.



Por la vista nos enteramos de lo más lejano y ajeno: las estrellas; por el oído, de las explosiones y los rayos; por el olfato, de lo que está más cerca: las fábricas o los zorrillos; el tacto nos informa de lo que está a la mano, de aquello que momentáneamente es nuestro y, finalmente, el gusto nos avisa de lo que ya se ha disuelto en nosotras. El alcance de los sentidos es inversamente proporcional a la propiedad y directamente proporcional a nuestra estima: la envidia y la guerra son la consecuencia de nuestro amor por la vista.



Existen varias formas de guardar silencio además de apretar los labios. Una es hacerse cómplice; otra, fingirse distraído y, la más frecuente, gritar a viva voz dentro de un coro. En todos los casos en los que la palabra no marca una diferencia, no propone un matiz, no objeta algo, el hombre calla. Por eso la humanidad a pesar de su estridencia es silenciosa.



Como la voz que nace fuera de la corriente puede —pese a su casi inaudible potencia— resquebrajar el estruendoso silencio está condenada a ser oída como un alarido demencial.



No existe peor modo de entender que el que establece vínculos causales: las cosas que nos preocupan, o no tienen causa o jamás las podemos conocer.



La imaginación nos hace inconformes, la memoria nos vuelve nostálgicos, la experiencia nos deja frustrados y la razón, cuando usamos a fondo la razón, nos revela ridículos.



Reconstruir es bueno, porque demuestra que siempre hay partes que sobran: cualquier todo es menor que la suma de sus partes.



El arriba y el abajo no se confunden: la naturaleza nos impone su evidencia: arriba tenemos la boca, abajo el ano.



El mal no es relativo; es una perrada. El bien no es absoluto: dura un instante.



Lo que parece blanco no es jamás completamente blanco, lo que parece negro, tampoco: ni siquiera el gris es exacto.



Como se ha disuelto la obviedad de los acuerdos en que se fundaba el mundo, hoy cualquier «¿para qué?» resulta peligrosísimo.



Es bueno darse ánimos, esforzarse, no sucumbir en el primer intento: sólo así se comprende lo esencialmente ineluctable de la derrota.



Quien no se empeña conserva el consuelo de que habría podido; quien se empeña pierde la coartada.



Más que por la perfección, que es imposible, deberíamos afanarnos por la conformidad: no de manera inmediata, por supuesto; pero sí al cabo de unos catorce intentos.



El fracaso nos vuelve místicos y paranoicos: a fuerza de perder llegamos a inventar un dios canalla, cuyo supremo cometido es dañarnos: la Mala Suerte.



Si la muerte no trunca el amor descubrimos a los pocos meses el fastidio; si la muerte no trunca el fastidio descubrimos a los pocos años que el fastidio dura para siempre.



Como el número de veces que hemos deseado matar a alguien es muchísimo menor que el número de veces que hemos deseado a alguien, puede decirse, a pesar de todo, que somos animales sociales.



Tanto el fuego como la rueda, los pilares de la humanidad, son esencialmente inestables.



Uno sólo puede creer que las cosas son en serio cuando no conoce a los protagonistas.



El recomendado (querida, *junior* o compadre) es el imponderable de cualquier sistema de justicia.



La rapidez con la que nos acostumbramos a la buena vida y la lentitud, en ocasiones la imposibilidad, con que aceptamos la bancarrota, son las pruebas más contundentes de la imbecilidad humana.



Mi soberbia siempre ha coincidido con el tamaño del complejo de inferioridad de quienes me la reprochan.



Los pesimistas prefieren, pese al riesgo de golpearse en la frente con una estrella, ir por el mundo con la vista clavada en el suelo; los demás eligen, como Tales de Mileto, dar motivo de risa a las sirvientas.



Tardé mucho en comprender que mi mala suerte, mi poca inteligencia, mi facha de enfermo y hasta mi incurable fealdad dependían de la envidia ajena: lo descubrí oyendo hablar a mi propia envidia.



«Te lo dije» es el modo como disfrazan su burla quienes dicen querernos.



Que los artistas creen que el éxito es malo equivale a que un pueblo crea que es malo conquistar su libertad.



¿Por qué los discursos oscuros y, en general, todo lo que es innecesariamente difícil se aprecia más que lo sencillo y lo expedito?



Vivimos en dos mundos: por razones orgánicas no podemos dormir ni estar despiertos indefinidamente y, por masoquismo, hemos admitido el peor como auténtico.



La Esfinge ha modernizado su pregunta: ¿Quién es aquel que primero anda en cuatro ruedas y dos pies, luego sólo en cuatro ruedas y al final en ocho pies, y cuando sólo depende de la rueda más fuerte es?



Para inventar un animal imaginario, la mente humana debe representarse una fornicación contranatural: el centauro, el pegaso y la sirena son hijos de la depravación, del fantaseo morboso del hombre y, a veces incluso, de su alcahuetería real, pues la

mula no es un ser fantástico.



La historia se ha encargado de comprobar a la inversa la máxima de Heráclito: «Uno vale miles»: hoy, miles y miles ya no hacen uno.



¿Por qué si las circunstancias son claramente más determinantes que las estrellas no hay circunstanciólogos y sí astrólogos?



Todo en algún momento puede ser muy importante, lástima que el momento en el que así sentimos no sea importante.



Con el tiempo perdemos todo y la memoria tampoco lo conserva.



Nada nos interesa tanto que no nos distraigamos a la larga.



Igual que los desiertos, crece la miopía: feliz aquel cuya miopía le impide ver sus desiertos.



En la soledad de mi cuarto, ante el televisor, se apodera de mí la misma psicología de masas que en medio de una manifestación.



El juego es el único sentido serio y respetable de la vida, aunque todos entendamos que es una estupidez.



El machismo como todas las lacras cala muy hondo: algún día Dios no tendrá género.



La risa es la única respuesta congruente con la gran incongruencia que es la vida consciente.

Meditación de la locura

Madre de lo inconexo y fragmentario, hija del olvido y de la desmemoria, la locura es la solución al inmanente sinsentido de la vida. Está con nosotros desde las horas estancadas de la infancia, cuando nuestro tiempo aún no había aprendido a fluir, cuando las semanas nos parecían eternas y era imposible escapar de aquellos días dilatados en extremo. Nos ayudó entonces, no sólo para que fantaseáramos con la existencia de un amigo, sino para que la necia repetición de nuestros juegos pueriles nos resultara divertida. Contra la vivencia de la eternidad nos reveló el juego y contra el tedio infantil, la risa. De aquella lenta, lentísima etapa no habríamos terminado de salir sin su auxilio, porque ningún cuerdo es capaz de cruzar la infancia, ese infierno que no sólo es exasperante por lo largo de las horas, sino porque ahí conocemos por primera vez la esencia de las reglas: la prohibición.

«¿Por qué no?», preguntan los niños (mostrando que todavía son racionales), ¿por qué no y por qué sí? Quieren ligar, relacionar todo con todo. Pero, como no existe una razón última, satisfactoria y comprensible para nada, la última respuesta que reciben es necesariamente un *porque-sí* arbitrario y malhumorado que sirve de fundamento a esas reglas sin lógica que se les imponen. Reglas sin lógica, ésas y todas, porque unas veces prescriben una conducta y otras veces la contraria y, luego, otra cualquiera. El universo coherente del niño, por su relativa cercanía a la naturaleza, es minado poco a poco hasta que pierde el interés y deja de preguntar: lo decepciona la «racionalidad» de los adultos.

La infancia es el primer manicomio que los seres humanos conocen. Imagínese — pero en serio— un sitio en el que los demás, los adultos, cualesquiera que sean, siempre tengan la razón y uno jamás: eso es la infancia, el hospital en el que uno siempre se equivoca y todos los demás son infalibles. Uno aprende en la infancia no la racionalidad, sino la loca ambigüedad, el que cada cosa significa, a la vez, lo uno y lo otro y que nada, absolutamente nada, es unívoco. El llanto histérico de los niños es la prueba de que en el universo infantil no hay modo de saber a qué atenerse. En esos años, lo de menos sería inventar una semiótica rudimentaria que nos permitiera establecer la regularidad de los significados arbitrarios; pero el problema es que no existe tal regularidad, porque también los psiquiatras de nuestra infancia están locos.

¿Y cómo podría ser de otra manera, si los adultos se mueven en un ámbito más caótico aún: la sociedad? La arbitrariedad del padre refleja la arbitrariedad del jefe, del patrón, de la autoridad pública. Las reglas familiares son un remedo de las leyes, una copia del orden jurídico que es más o menos coherente en la letra, pero que en la realidad, en la vida práctica es un completo desgarrate, aunque se revista de formalidad y solemnidad.

¿Qué niño, o en general quién, podría *conciliar* las contradicciones que recibe de la televisión, con las que recibe en el seno de la familia, con las que recibe en la escuela, con las que recibe en la calle? La suma de todos esos mundos, internamente contradictorios y excluyentes unos de otros, deja *listo* al niño para acceder a la adolescencia, a la época de las grandes pasiones (grandes porque la razón ya no ocupa ningún lugar ni hace ningún contrapeso). La adolescencia es la etapa de los grandes amores, cuando la conducta es dominada por la emoción y por los arrebatos.

Claro está que, además de los jóvenes furiosos, están los autistas, los que se mantienen encerrados en su pequeña esfera de egoísmo y a los que —la gran mayoría de los jóvenes por cierto— no les importa nada que quede más allá de ellos mismos: son quienes han tomado un atajo para llegar con sus espinillas al conformismo de la edad adulta. De cualquier modo, en la adolescencia típica, la locura se torna peligrosa, se convierte en furor y esto la vuelve la etapa más paranoica de la vida, cuando más claramente se presentan la megalomanía y el delirio de persecución: ¿qué joven no se siente solo y no cree que todo el mundo está en su contra? ¿Quién a esa edad no se cree el redentor que hacía falta para corregirlo todo?

Es la locura la que hace tan intensa, tan viva esta época. Aquí aparecen el amor espectacular y el desengaño gigantesco, la indignación rotunda y los pactos para toda la vida, las decisiones fatídicas, la rebeldía a toda prueba, las ganas de romper, de cambiarlo todo, de estrenar universo. Es la edad de las grandes frases: «Queremos justicia, la queremos aquí, la queremos ahora y la queremos toda», y es también, al menos en términos estadísticos y visto el resultado en frío, la edad más poquitera, más sumisa, más conformista. Porque el amor perfecto encarna en cualquiera, en quien está más a la mano; la justicia absoluta, en un par de gritos de protesta, cuando no, en un miserable hueso político; la ambición desmedida, en una chambita; la sed insaciable de conocimiento, en una raquíca idea fija, y un día, después de haber guardado las consignas en el clóset, doblado los ademanes rebeldes junto con los calcetines, y ya sin sueños, el joven se presenta, tímido y apocado, a cumplir con un horario.

Si no fuera por la locura, ¿cómo se presentaría ese bandazo que se conoce como madurar? Porque de la noche a la mañana se acaba el conflicto y, ahora sí, a clavarse con tesón de minero en el propio mundo: en ese mundito estructurado por las cuatro

paredes del hogar, del trabajo, del estudio o del desempleo. Ni los metales más resistentes son capaces de pasar del rojo vivo al frío bajo cero sin quebrarse.

Sólo porque el cosmos, ya a estas alturas (caos puro), está totalmente inconexo, es por lo que se puede madurar, meterse en el dueto de una vida que *parece* tener dirección, porque la meta está al alcance de la miopía, porque los sueños están podados pragmáticamente y uno se mueve en pos de lo inmediato: cumplir con el trabajo, terminar la escuela, ganar lo suficiente y, si es posible, ahorrar, prosperar, ser feliz. Las metas trascendentes se sustituyen por los objetivos sensatos y parece que, ahora sí, la locura nos abandona, pero no: no hay locura peor que la de la madurez. De la esquizofrenia infantil pasamos a la paranoia adolescente y, cuando maduramos, la locura se convierte en imbecilidad: es la locura de la conciliación, del acomodo, la locura de la normalidad.

¿En qué consiste esta locura? En fingir, en engañarnos, en convencernos de que la vida, la misteriosa e incomprensible vida, tiene como sentido el corto afán que ahora pretendemos. Porque no resulta comprensible, desde ningún punto de vista, aunque para todos sea evidente, que los seres humanos se entreguen así a conseguir dinero, a triunfar, a alcanzar el poder, a ver cómo crecen sus hijos, a lograr la fama, a cuidar su jardín, a conseguir comida, como si alguna de estas cosas o todas juntas tuvieran algún sentido. La locura de la normalidad consiste en ya no poder entender la pregunta del para qué de la existencia. Perdida la dimensión metafísica, los hombres maduros con los ojos en blanco son arrastrados por la inercia.

Es cómodo, claro, y sobre todo entretenido: uno se pierde en cualquier quehacer, uno se olvida y, al cabo de un tiempo, cualquier actividad a la que nos hayamos entregado adquiere importancia: emerge lo más anodino, flota todo lo insustancial: nos preocupa hasta la opinión que despertamos en los otros, nos preocupa cada detalle de nuestro pequeño mundo, porque la madurez es esa edad en la que uno vive como si fuera eterno, y no porque uno se crea Dios, sino porque la vida se asume como si fuera a durar para siempre y, por ello, lo insignificante, lo particular, nuestros asuntos se cargan de una importancia extrema, nos ocupan de manera absoluta, vivimos ocupadísimos. ¡Cuánta vanidad! No, ¡cuánta locura! Los hombres maduros son ridículos: «Viven —decía Camus— como si no lo supieran».

La locura de la normalidad desemboca en la demencia senil, en la obsesión, en la recurrencia de los viejos. El pánico a la muerte inminente hace que los hombres se refugien en el círculo vicioso de sus recuerdos, reviviéndolos una y otra vez. Con esta tonta estratagema aspiran a ponerse a salvo y lo logran, pues invierten la locura infantil: si en la infancia repetían un juego para que el rato pasara velozmente, ahora repiten el mismo juego de recuerdos para que el rato no pase, para que hoy, mañana y pasado

mañana y el mes que viene sean el mismo día de su pérdida juventud.

Así, desde el nacimiento hasta la muerte, la locura nos presta invaluable servicios o, mejor aún, es gracias a ella que resistimos la vida sin volvernos locos. ¿Qué pasa entonces con los alienistas?, ¿a quiénes persiguen con sus manicomios? No a los locos, sino a los que viven desordenadamente las etapas de la locura, pues lo que prohíben, lo que vigilan es, por lo visto, padecer la locura a destiempo y de manera exagerada. La salud es la secuencia oficial de la locura vivida dentro de la moderación o, dicho de manera más clara, la salud es la *normalidad*: la norma que se establece de acuerdo con los criterios de la estadística, el parámetro donde incide la mayoría.

Es tranquilizador saber que uno puede estar loco, si está tan loco como los demás. Pero también es angustiante descubrir que lo irreductible de la individualidad, nuestro aspecto más propio y exclusivo, es insania.

Nuevamente, pero ahora con disfraz científico, emerge la cachiporra que persigue al diferente: el diferente es el enemigo. Todos contra la minoría. Heráclito se mantiene perfectamente vivo: los perros siguen ladrando a lo que no conocen. La más feroz de las locuras es la locura de los psiquiatras.

Filosofía paranoica

No he de referirme a la habitual paranoia del filósofo que siempre se siente perseguido por los demonios del error: siete veces se dice que Platón revisó *La República*, y setenta, dice Hegel, que debió de haber revisado su *Ciencia de la lógica* para sentirse en paz. Tampoco hablaré de ese delirio de grandeza —hijo típicamente mongoloide de la paranoia— que parece desprenderse del corazón de la filosofía, cuando el filósofo autodeificado expone con soberbia de orate los «humildes y modestos» límites de su sistema, en el cual, por otra parte —afirma—, están contenidas todas las claves de los problemas que han atareado al género humano pensante. Kant, por ejemplo, ofrece su *Crítica de la razón pura* como una obra que remedia cuanto problema existe y asegura que a los demás —filósofos contemporáneos y futuros— no les queda otro trabajo que la didáctica del sistema kantiano. Descartes, por su lado, hace coincidir sus *Meditaciones metafísicas* con los seis días que también a Dios costó la fabricación del mundo, sólo que en el universo cartesiano, a diferencia del otro, se cuenta con un método que, al prevenir el error, es capaz de corregir las desigualdades intelectuales que Dios impuso entre los hombres, un método que, en pocas palabras, le enmienda la plana al mismísimo Dios; y otro tanto ocurre con Heráclito, quien afirma que para Zeus todo es uno y acto seguido se proclama como un Zeus, pues frente a los dormidos que consideran los opuestos como polos que se excluyen, él, el sabio despierto, propone la unidad de los opuestos y todavía agrega que ésta no es una verdad simplemente dicha por él, sino por la razón que habla por su boca: «no es lo que diga yo...».

En fin, no voy a extenderme en los estragos mentales que causa al hombre el «amor a la sabiduría», porque se trata de una constatación trivial al alcance de cualquiera que esté dispuesto a hacer una lectura no religiosa de los filósofos; de una evidencia que no ha perdido ni un ápice porque nos encontremos en una época relativista: los filósofos de hoy, aparentemente menos desaforados que los antiguos, menos absolutistas, más cuidadosos de hacer aseveraciones válidas para siempre y para todo, y que plantean su tesis como meros tanteos históricos y hermenéuticos, están igual de paranoicos, pues también en sus búsquedas desilusionadas de verdades volátiles sigue operando el afán de conocimiento, el deseo de hacer una representación del mundo, una versión en palabras, una duplicación para vivir en ella. ¿De qué andan huyendo los filósofos?

¿Qué los induce a evadirse hacia esos abstrusos mundos de conceptos que sólo ellos comprenden? ¿Quién los persigue que con tanto desnudo se defienden y se parapetan en el edificio del saber? Los filósofos necesitan estar, si no paranoicos, sí locos para tener esa afición por los roperos de conceptos donde el chiquero de la realidad debe, de acuerdo con la más exacerbada manía del orden, yacer planchado, doblado y acomodado hasta en sus últimos calcetines.

Así pues, también los filósofos relativistas contemporáneos han de reconocer en Sócrates, en ese paranoico inmortal que hablaba continuamente con su *daimon* —y que fue perseguido hasta su muerte por voces que lo instaban a ser poeta— al padre, al santo patrono de su patología vocacional. Ya que hasta los filósofos dedicados a la lógica (esos ingenieros de lo abstracto que establecen reglas y se entretienen trabando conexiones entre vaciedades), o aceptan que sus modelos fantasmales sirven para ser llenados de contenidos y, por ende, que contribuyen a la articulación del paranoico afán de conocimiento o, peor aún, renuncian al valor cognoscitivo de sus medusas formales y se declaran locos de remate diciendo que sus modelos no sirven para nada.

Pero si no voy a hablar de la paranoia del filósofo perseguido por la sombra del error, ni de esa modalidad paranoica que constituye el delirio de grandeza filosófico, ni de esa esencial locura que es el afán de conocimiento, el amor desconsolado a la sabiduría, ¿cómo relacionaré la filosofía con la paranoia? ¿Estaré dispuesto a emprender una filosofía de la paranoia, un discurso lanzado a encontrar las raíces básicas de esta dolencia, sus condiciones generales de posibilidad, su lugar dentro del mapamundi de las perturbaciones mentales, algo así como una metafísica de la paranoia? ¿Tendrá sentido deslindar filosóficamente la paranoia de las otras afecciones que lastiman el cerebro o el espíritu de ciertos compañeros de viaje que la sociedad pone a buen recaudo tras los barrotes de la psiquiatría y los fármacos? No.

Posiblemente ni siquiera voy a hablar, no lo estoy haciendo, de un modo filosófico. No tengo el ánimo atravesado por el ansia de decir la verdad, no estoy desesperado, metodológicamente preocupado por emplear la palabra con intenciones de verdad. Pero cuidado, tampoco estoy diciendo mentiras, en mis palabras no existe el propósito de armar un engaño. Sucede más bien que hay palabras cuyo valor no depende del sol de la verdad; formas del discurso que no han de ser medidas con el imperialista criterio de verdad; palabras extrafilosóficas para las que la verdad es tan sólo el fetiche de los sectarios que creen tener razón, que se mueren por tener razón, que matan por la razón o que, como Sócrates, se dejan matar con tal de seguir dando razón de todo. Ante ellos declaro que yo prefiero *comprender* a tener razón, y que prefiero hacerme comprender a dar mis razones.

Querer dar razón, tener razón, meter en razón, son los deseos que con más violencia

agitan al filósofo y lo que mejor caracteriza el síndrome de su paranoia y, sin embargo, a quienes se ha considerado como paranoicos auténticos es a quienes no andan molestando con su vehemencia filosófica.

La filosofía ha privilegiado, entre las infinitas formas posibles de conexión que hay en el gigantesco y revuelto mar caótico de la mente, las reglas de un pequeño lote; ha instituido como absolutas las relaciones de una zona insignificante: el coto de la razón. En ese pueblo de la mente, los filósofos decidieron establecer la capital del *nous* y decidieron convertir las normas de esa aldea en normas universales. Una de ellas, quizá la primera, es la norma de la objetividad: todo aquel que la infrinja será expulsado de la Razón. Sin embargo, así como entre locos es típico que cada uno salga con su tema, entre filósofos no queda más remedio que cada uno salga con su definición de objetividad y, por ello, las revoluciones, las asonadas y hasta los cuartelazos se suceden sin cesar en el país del *nous*, pues cada filósofo golpista instaaura su concepto de objetividad y crea su efímera constitución metodológica para acreditar la legitimidad de su reinado: Desde hoy —dice el filósofo rey en turno— la objetividad será entendida *de este modo*, y todos aquellos que no lo admitan serán lanzados fuera del *nous*, más allá del *nous*, o para decirlo en griego, serán arrojados al *para-nous*: a la paranoia. Quienes no se someten, quienes no se arrebañan, quienes no se tragan la rueda del molino del dogma del momento son acusados, por estos locos y fugaces tiranos que regentan la razón, de paranoicos, o sea de peligrosos subversivos que no razonan como manda el filósofo y como vigilan los manicomios.

Pero tampoco voy a levantar aquí una versión más de antipsiquiatría, ni me preocupa organizar otra revuelta teórica, otra lucha armada de razones para derribar a los tiranuelos que dominan: ya ellos mismos se combaten desde sus pedestales sectarios; ya llevan más de veinticinco siglos en esa guerra que ni la oscuridad de la Edad Media consiguió suspender; ya han pasado tantos filósofos triunfales que el banderín de la razón es una jerga sucia y deshinchada que apenas si habrá de servir para limpiarse la sonrisa de satisfacción vacuna que provoca tener por un instante, por unos días, una verdad histórica.

No, no voy a hablar de antipsiquiatría ni tampoco de sus antecedentes que se remontan a los surrealistas. No voy a decir, por ejemplo, que el proyecto surrealista de la desrealización, ese intento por quebrantar las relaciones lógicas para ampliar los alcances de las imágenes artísticas y desfondar así los estrechos límites del mundo objetivo, sirvió para que algunos comprendieran la relatividad de la razón, la relatividad del concepto «enfermo mental», y para que se replantearan las categorías de «normalidad» y «salud». Y tampoco he de mencionar los cinco ensayos titulados «Las posesiones», en los que Paul Eluard y André Breton imitaron la debilidad mental, la

manía aguda, la parálisis general, el delirio de interpretación y la demencia precoz. Y finalmente, en este párrafo, tampoco habré de mencionar, ni de nombre, a Salvador Dalí que exploró el arte con su método de la «paranoia-crítica»: ese «método espontáneo de conocimiento irracional basado en la asociación interpretativa y crítica de los fenómenos delirantes», es decir, un método que consiste en la plena aceptación de las experiencias visionarias, de las falsificaciones producidas por la memoria, así como en la aceptación de las interpretaciones totalmente subjetivas que somos capaces de hacer. En pocas palabras: en la aceptación de todos los engendros que surgen de la sintomatología paranoica para crear a partir de ellos una obra.

Dalí extrajo de sus delirios la materia de su obra. En este sentido, convendría recordar —pero tampoco he de hacerlo— que el delirio paranoico procede de un estado afectivo crónico: no de un estado intermitente, sino continuo, y por ello propicia el desarrollo coherente de algunos errores, porque la paranoia no provoca disparos dispersos, sino ráfagas concertadas, aunque el concierto sea ajeno a los caminos ordinarios de la lógica. La paranoia es otra lógica.

Una lógica más implacable, una forma de interconexión que ensambla los fragmentos de un mundo pavoroso, una organización en la que los elementos son desbastados para que sus caras concuerden a como dé lugar, un orden de tal envergadura que ante él, la lógica de los filósofos, o si se quiere, las lógicas de la filosofía no son sino juego de niños, racionalizaciones de aficionados. Podría ilustrar esta afirmación con un ejemplo; pero no he de hacerlo: no estoy dispuesto a recordar el ensayo de Freud acerca de la paranoia para brindar el ejemplo de esa espectacular fuerza de racionalización lógica en que consiste la paranoia. No he de decir que Freud, en el ensayo de la paranoia, estudia a Daniel Pablo Schreber, un paranoico típico aquejado por un terrible delirio de persecución que lo hacía suponer que Dios había decidido transformarlo en mujer para entregarlo a los caprichos sexuales de su psicoanalista, y que la superracionalización de Schreber terminó movilizándolo todo, los elementos del Cielo y de la Tierra, lo subjetivo y lo objetivo, hasta articularlos en una metafísica que no sólo lograba conciliar la bondad de Dios con sus degenerados designios, sino que ofrecía una razón, una *razón suficiente*, para que Schreber se entregara a su psicoanalista. El esfuerzo de integración de Schreber es semejante al realizado por Descartes, cuando en las *Meditaciones metafísicas* se ve obligado a conciliar la omnibondad de Dios con la existencia del error; o parecido al esfuerzo de Santo Tomás cuando, en la *Summa contra gentiles*, concilia a Dios, creador de todo, con la existencia del mal, o parecido al esfuerzo de Leibniz que, incluso, tiene que inventarse el cálculo infinitesimal para comprobar que las mónadas son indiscernibles.

¿Qué beneficios podrían sacarse de la paranoia? No de una filosofía de la paranoia,

sino de un filosofar paranoico, de un pensar que voluntaria y conscientemente reconociera la raíz patológica de sus deducciones, que ensamblara los datos confirmados con los presentimientos, la experiencia con los sueños, los conceptos rigurosos con las imágenes vagas, un filosofar cuyo discurso avanzara adelantando un pie real y otro dibujado, un discurso que estuviera dispuesto a desplegarse con toda clase de eslabones sin reparar en el material de que estuviesen hechos. Pero obviamente, tampoco haré ese discurso, balcón de balaustradas inseguras, para mirar el caos desde ahí.

No, no voy a hablar de nada de eso, de hecho ya he empleado demasiadas palabras para callarlo.

Rebelión contra lo indescifrable

El modo oscuro como se desenvuelve el destino de cada quien, la forma soez en la que se articulan los elementos —siempre burlando las conjeturas y los planes que hacemos— es la prueba absoluta de que la lógica no sirve, de que vivimos sin brújula a la deriva de la suerte, pues ni siquiera cuando en apariencia el resultado coincide con las expectativas es posible definir la ruta que desembocó en nuestra sorpresa. Así, somos ridículamente trágicos, pues, contra la rencorosa indiferencia que cabría esperar, después de tantos escarmientos, seguimos actuando como si valiera la pena ser previsores: ahorramos, nos esmeramos, nos preparamos, tomamos precauciones, nos cuidamos, y todo para salir burlados nuevamente.

Si hay algo que cada experiencia enseña, y que nunca se acaba de aprender, es la carencia de sentido de todo esfuerzo, pues no existe ninguna relación que ligue los acontecimientos de la vida o, al menos, no la relación causa-efecto que suponemos. Es desesperante la inadecuación de los efectos con las causas, de los resultados con los méritos, entre lo que se invierte y lo que se obtiene, entre lo que uno cree que vale y lo que valoran los demás. Nos movemos con el tino con el que se movería un ciego al que siempre le cambiarán el escenario: el barranco de hoy es un puente mañana y, unas horas después, una montaña. Y, no obstante, no dejamos de relacionar esto con aquello, de proponer alguna conexión que nos explique el más elemental de los misterios, ése al que, desde cualquier punto de vista, deberíamos de tener derecho: saber siquiera hacia dónde nos conducen nuestros pasos.

Nos enorgullecemos o nos abatimos como si lo que pasa dependiera de nuestros cálculos y de lo que hemos hecho, y es que a veces —para aumentar la confusión, para que la trampa sea redonda— lo que alcanzamos sí depende o, al menos, sí parece depender de los méritos. Las reglas de la vida son sencillamente indescifrables y, por ello, intentar entenderlas nos enfrasca en una rebelión estéril: *no hay solución*: es necio Maquiavelo que pretende haber descubierto los hilos de una de las madejas: la política, y en el lado opuesto, son igualmente necios los sabios sufíes que recomiendan, para entender las ligas verdaderas, aprender a desaprender. Entender el destino es algo que siempre ocurre *a posteriori*, cuando el momento fatídico se encuentra en el pasado, cuando ya no hay nada que hacer.

En un mundo sin reglas, no hay modo de adquirir experiencia: cada ocasión es única por más que se repita hasta el fastidio: lo aprendido nunca funciona de la misma manera en la segunda oportunidad y, sin embargo, hay de estrategias a estrategias: la más ridícula es aquella que orienta la vida de acuerdo con la idea de justicia, pues esta idea nos dispone, ingenuamente, a esperar la compensación que creemos merecer, el resultado por el que hemos estado trabajando. La noción de equidad es la más esquemática, la más unívoca de las relaciones; coloca entre paréntesis el resto de los factores y traba una conexión lineal, simplísima, que, por supuesto, jamás resulta. El tramposo, en cambio, el canalla y, sobre todo, quien está decidido a prostituirse, echa mano de cuanto esté a su alcance, combina los factores, se relaciona con su meta de manera múltiple y, aunque el absurdo de la existencia es insuperable, normalmente logra su propósito. No importa el campo: el camino del éxito —garantizado estadísticamente— es la podredumbre.

Pero, ¿qué es la podredumbre? Hacer intervenir otros factores, colocar en la balanza otros recursos: elementos que no tienen relación, que *no deberían* ser pertinentes; pero que al resultar decisivos demuestran no sólo su pertinencia, sino que son las verdaderas causas directas: aquellas que realmente precipitan el suceso. Pero ¿será la podredumbre un mero echar mano de lo que no se vale, un simple acto tramposo, o será, más bien, una conducta acorde con la opacidad inherente al mundo? ¿Por qué? —pregunto, no con el ánimo de obtener una respuesta que ya sé, sino para protestar quién sabe ante quién—, ¿por qué al corrupto le va mejor? ¿Por qué el oscuro destino es más diáfano para él? Porque no es hoy y aquí, ni allá y ayer, sino siempre y en todas partes que el corrupto aparece como el preferido del destino o, al menos, hay constancia de estas mismas preguntas desde el *Protágoras* de Platón. ¿Será que el destino es en sí mismo indescifrable o tan sólo que no lo entendemos porque nos rehusamos a admitir su proclividad por los inmundos?

Es comprensible el fracaso de quien actúa exclusivamente guiado por la idea de justicia, ya que detrás de cada efecto hay una telaraña de causas y es imposible simplificar el mundo sin pagar las consecuencias de tamaña ingenuidad, y también es obvio, aunque ocurra sólo de vez en cuando, el fracaso del corrupto, pues tampoco resulta suficiente estar decidido a todo para poner en la balanza cuanto hace falta: por muchos que sean los ingredientes que la prostitución incorpora, jamás consigue hacer intervenir esa promiscuidad de factores que de hecho se da cada que algo sale. Lo que no es obvio, es por qué, a pesar de las pruebas (la historia humana en su conjunto es el repertorio de esas pruebas), los filósofos inventaron el principio de razón suficiente: recuérdese la tradición que va de Platón (con el noto que elige lo mejor), que pasa por Leibniz (con el mejor de los mundos posibles), que cruza por Hegel (con aquello de

que todo lo real es racional y todo lo racional es real) y llega a nuestros días. ¿De dónde sacaron esa idea peregrina? Idea que, por lo demás, ha regido la conducta de gran parte de los seres humanos, cuando fenomenológicamente lo que se percibe es lo contrario: que el destino favorece al peor, que este es el peor de los mundos posibles y que lo racional nunca es real, pues lo real es locura.

Metafísica del dolor

Entre las muchas cosas que me impiden conformarme con este universo está la existencia del dolor: nunca he logrado comprender cuál sea su sentido, para qué lo experimentan los animales, y para qué los hombres. Que el dolor exista es incompatible con la idea de un dios creador colmado de bondad y, también, con la creencia atea de que el mundo está ahí sin ningún propósito. El dolor tiene una razón de ser tan evidente: *existe para que suframos*, que su presencia delata un plan malévolos, un propósito ruin. Este plan no puede adjudicarse a Dios —sin convertirlo en un ser perverso— ni a la Naturaleza, porque en una versión estrictamente laica la Naturaleza carece de propósitos.

Metafísicamente, pues, me resulta incomprensible la razón de ser del dolor, y menos la entiendo cuando paso la vista por el mundo y descubro su obscena omnipresencia, porque no sufren unos y otros no, sino que todos sufren en algún momento y, a veces, casi en todo momento.

¿Por qué hay *tanto* dolor? es, todavía, una pregunta más difícil de contestar, pues se formula cuando uno constata que en el manifiesto del mundo no sólo se exhibe un plan maligno, sino un proyecto de saña encarnizada, de crueldad obtusa. Y da igual comprobarlo frente a un perro que escapa ensangrentado de las ruedas de un auto, que en la tristeza impotente de un niño que ha perdido a su madre. ¿Por qué el dolor? ¿Para qué el dolor? Sería tan fácil que la naturaleza nos hubiese dotado con un dispositivo que nos desconectara automáticamente en cuanto la intensidad de la sensación negativa llegara hasta cierto punto. Si el perro atropellado ya está condenado a morir, ¿para qué ese tormento? Si la ausencia de la madre es irreparable, ¿para qué cuenta el niño con esa lastimosa capacidad de sufrir?

Se ha dicho que el dolor humaniza y es verdad: quienes han sufrido son generalmente más comprensivos; el dolor enseña la compasión, la tolerancia y el perdón. Pero también es cierto lo contrario: el dolor nos vuelve fieros, rencorosos, vengativos, inhumanos. Pero aun suponiendo que siempre nos hiciera mejores, hasta en ese caso no parece un recurso legítimo; yo, al menos, no lo emplearía ni con mi perro ni con mi hijo.

Y, sin embargo, en este universo el dolor está ahí, detrás de todo, pues cualquier

cosa puede llegar a dolernos, hasta el amor, y sobre todo el amor. Los seres humanos contamos con una insondable capacidad para experimentar dolor. A la percepción del dolor se le llama *sufrimiento*. La distinción no es ociosa, pues permite entender por qué, aunque todo puede llegar a provocarnos dolor, no todos lo sufrimos con intensidad idéntica.

El fuego causa dolor, el hambre causa dolor, una herida causa dolor; pero la impresión de esos dolores no es la misma de persona en persona ni de ocasión en ocasión: puede ser la misma quemadura, pero sufrimos menos cuando es el resultado de una torpeza en la cocina que cuando nos la inflige un torturador; puede ser la misma herida, pero la sufrimos más en mitad del campo de batalla que en mitad del campo de golf; puede ser la misma hambre, pero taladra más el hambre de los días de miseria que el hambre autoimpuesta en una huelga de hambre por la dignidad.

Y también conviene distinguir entre dolores físicos y dolores morales, y no porque unos se prendan de las terminales nerviosas y nos arrojen beatamente a los médicos o a los brujos, a los analgésicos, a los somníferos, al opio, a la morfina; y los otros, más bien, muerdan el alma y nos esclavicen al diván del psicoanálisis o al confesionario, sino porque según sea la jerarquía que establezcamos entre ellos, pertenecemos a un tipo peculiar de personas. Así, quienes temen por encima de todo al dolor físico están destinados a ser esclavos de los poderosos, y quienes temen más a los dolores morales están destinados a ser esclavos de sí mismos. Frente al dolor, unos son títeres del miedo y otros, marionetas de la culpa.

El dolor y su correlato, el sufrimiento, hacen del ser humano un ser en el que no se puede confiar: es posible que nuestro prójimo está demasiado partido, demasiado doblado: sería imprudente creer que sus actos son libremente adoptados. Los actos humanos verdaderamente importantes son la bastarda consecuencia de la coacción del dolor. El dolor hace del hombre no una sufriente especie digna de compasión, sino una especie taimada digna del más cauto de los recelos.

El ser humano a causa del dolor es lumpen ontológico, animal predispuesto a obedecer y a lanzarse contra lo que le ordenen, pues aunque la conciencia ciertamente permite que nos distanciamos del dolor al conceptuarlo, no por ello conseguimos sobreponernos al vergonzoso instinto de sumisión que nos hace lamer la mano que nos hiera. No somos exactamente como el animal: *uno con el dolor*, pero tampoco logramos reapoderarnos de nosotros mismos desprendiéndonos del dolor: lo traemos untado en el ser. Y es que, aun no siendo todos los dolores igualmente graves —como aquel a que se refería César Vallejo cuando decía que hay dolores «como del odio de Dios»—, nosotros nos encargamos de empatarlos. Cuando se trata de sufrir lo hacemos con toda nuestra capacidad, sufrimos como perros sin tomar en cuenta que lo que duele tenga o

no importancia.

Sólo los dolores ajenos nos parecen pequeños, y eso que, por las experiencias que cada cual posee, en estos casos, siquiera, uno podría ser solidario. De esta indiferencia, sin embargo, no somos responsables, pues, paradójicamente, el dolor no queda en la memoria. Recordamos sí que alguna vez nos dolió, que sufrimos; pero no somos capaces de reproducir el recuerdo del dolor como lo hacemos cuando se trata de recordar una dirección o un teléfono. El dolor no tiene memoria, y por esa razón no nos condolemos por el dolor ajeno; podemos sentir lástima, preocuparnos, pero no lo que se llama dolor, salvo que también sea nuestro dolor.

En el mundo hay muchas cosas inexplicables, muchas cosas que dan al traste con el principio de razón suficiente. Entre todas ellas, quizá la más incomprensible sea el dolor, pues las otras, empezando por la muerte y terminando por el error, son males de los que, al menos de forma temporal, podemos desentendernos. El dolor es una grave falla del cosmos ante la que no podemos hacernos de la vista gorda: invade la conciencia, lo ocupa todo. La rebelión contra el dolor es una de las banderas de los inconformes.

Libertad de desilusión

La libertad originariamente no es —hace falta recordarlo— un concepto filosófico, sino un deseo de conspiradores, un impulso que surge cuando el peso sobre nosotros se vuelve aplastante. El olvido de esta obviedad oscurece a tal grado lo que la libertad significa, que muchos hasta piensan que no existe. Sin embargo, este deseo es real: así lo sienten quienes están debajo y quienes están arriba de las suelas de los zapatos: unos como anhelo, otros como peligro, pues la libertad es ese impulso de sacudirnos lo que nos oprime. Ante este hecho, qué obtusas y desviadas parecen buena parte de las disquisiciones filosóficas acerca de la libertad, qué descarriadas suenan esas teorías que la conciben como el opuesto de la necesidad, o formando con ésta un binomio dialéctico, o como autonomía. Habría que volver al origen real, a cualquiera de los momentos de nuestra vida en los que hayamos experimentado inconformidad y rebeldía para entender que la libertad se expresa como negación de algo, como un relincho contra lo que nos pesa.

Milenios de soportar sobre nosotros la fuerza bruta o la fuerza legal han terminado por acostumbrarnos, por hacer que aceptemos mansamente el estado del mundo y, también, que concibamos la libertad en su sentido más ramplón: como mera capacidad de elegir. Sin embargo, recordemos ese *no* que viene desde lo más primario, ese *no* con el que también los animales se sacuden a mordiscos aquello que los incomoda, y preguntemos: ¿cuál es la dimensión humana del *no* libertario? ¿Será el mero *no* a esto para elegir aquello? ¿Será el *no* abstracto que se opone al concepto de necesidad? No, el *no* libertario apunta más hondo y más lejos. ¿Qué sería la libertad si sólo consistiera en ese margen de maniobra que tenemos cuando nos encontramos ante la variedad de marcas en un supermercado? Sería, a lo mucho, duda frente a lo que hay, devaneo dentro de un repertorio dado. ¿Qué sería de la libertad si fuese lo opuesto a la necesidad, a lo que es siempre y de la misma manera? Sería mera eventualidad o diversidad contingente.

La dimensión extrema del *no* libertario es aquella en la que la negación no se da dentro del repertorio, sino al negar el repertorio, porque la libertad no es tanto libertad de opción (conformarse con lo que existe), sino libertad de desilusión, capacidad de rebelarse ante la pobreza de lo real. Y del mismo modo, lo básico de la libertad no es

oponerse a la necesidad, porque no es una holgura ante aquélla, sino oponerse a la comunión, porque entre el hombre y el mundo no hay armonía. El *no* libertario se rebela contra el cosmos y sus leyes por considerarlos mal hechos, mal trazados, injustos; por considerarlos, precisamente, como no necesarios, porque para la libertad resulta inadmisibles que este universo, infinito modelo de arbitrariedad, injusticia y absurdo, sea lo necesario.

Así, el asunto fundamental no es, como lo formula Heidegger: «¿Por qué es en general el ente y no más bien la nada?», sino «¿por qué, en general, es este específico mundo y no más bien otro cualquiera, otro mejor desde el punto de vista moral, físico, químico, estético, político...?», ¿dónde está la *razón suficiente* para que en este mundo todo tienda por la entropía al desastre?, ¿por qué el tiempo es nuestro peor enemigo e indefensos estamos entregados a él?, ¿por qué, como dijo Ambrose Bierce, las tres cuartas partes del mundo son agua y nosotros carecemos de branquias?, ¿por qué las horas del aburrimiento se estancan y, en cambio, vuelan los instantes del placer?, ¿por qué aquí, como dijo Nezahualcóyotl, todo se pudre, se aja, nada dura y todo muere?, ¿por qué el universo está regulado por la muerte y no por el amor? Planteamos, en suma, a modo de protesta, la perenne pregunta: ¿por qué el clavel es rojo?

Qué aberrantes resultan Platón y Leibniz justificando el mundo con el principio de razón suficiente, afirmando que todo cuanto ocurre (por qué las cosas nacen, perecen y son lo que son, mientras son) se debe a que todo está decidido de acuerdo con *lo mejor*. Cuando más bien salta a la vista que cuanto ocurre se da con miras a lo peor.

Es este específico universo el que nos oprime y contra el que sentimos el impulso de rebelarnos, de sacudirnoslo. Es de esta inconformidad de donde procede la fuerza humana que ha levantado lo artificial frente y contra lo natural, porque hemos negado la naturaleza de todas las maneras: desde el lenguaje con el que duplicamos el mundo y lo suplantamos, hasta las urbes con las que disfrazamos de cemento lo rural.

La libertad-de-desilusión no es, por tanto, esa relativa libertad-de-hacer que es una combinación de nuestras fuerzas con la ductibilidad del mundo y que, por lo mismo, siempre resulta limitada, ni tampoco esa absoluta libertad-*de-ser* que se ha denominado libertad ontológica, sino libertad-*del-ser*: reacción rebelde por no comulgar con la raíz del mundo. En cada queja, en cada desacuerdo, en cada empeño —consumado o perdido— asoma ese impulso primario y extremo por sacudirnos de la opresión del universo, asoma esa libertad que nos define.

No hay un solo acto que no se despliegue para transformar, o sea, para destruir o corregir el estado de las cosas. Actuamos, es obvio, porque el ser, tal y como está, no nos complace. Entre todos hemos esculpido un mundo sobre el mundo: el mundo humano, la naturaleza humanizada; pero como la naturaleza natural, la materia prima, no

sirve y tampoco sirven los modelos con los que le hemos creado nuevas formas o, mejor aún, como somos débiles para poner remedio de una vez por todas a las graves fallas del cosmos, hemos tenido que inventar una tercera naturaleza: los sueños, para sacudirnos de la acogotante realidad. También hemos negado el mundo humano levantando el mundo de los sueños que es donde real y regularmente vivimos, pues no caminamos sobre el suelo raso, ni siquiera sobre el asfalto, sino sobre las nubes de nuestras propias quimeras.

Los seres humanos somos, por la radical desilusión, esencialmente ilusos o, mejor aún, como la realidad es repugnante, no nos ha quedado más remedio que convertirnos en desertores metafísicos; ciudadanos de utopías o de ucronías, lectores, teleadictos, vampiros de un recuerdo o profesionales de los sueños diurnos. ¿Quién vive *aquí*, realmente? Para que se efectúe una deserción en masa del género humano, no hace falta que se popularice la droga cibernética de la realidad virtual; esa deserción ya ha sucedido: es la historia humana.

Constitución del amor

En materia de amor, los últimos veinticinco siglos han pasado en balde: la humanidad no ha vuelto a agregar nada que valga la pena desde *El banquete* de Platón: disparates o reiteraciones es cuanto se ha dicho desde entonces. Hoy existen millares de novelas que se enciman hasta levantar un rascacielos de papel donde el amor se ve y se siente. Hoy, un mar de teorías, que se contraponen, lo representan como un reloj desarmado y hasta sabemos cuál es su composición bioquímica: las sustancias que secreta nuestro organismo cuando nos sentimos enamorados. Y, sin embargo, para *entender* el amor, seguimos contando exclusivamente con el mito platónico de los andróginos: ni un milímetro más allá se ha avanzado en la comprensión de su sentido. El amor en *El banquete* es ese impulso por completarnos con el otro, por restituir con él la unidad perdida.

Pero, ¿de qué unidad se habla?, ¿en qué consistía el andrógino? Según Platón, era un ser doble: integrado por lo masculino y lo femenino en un solo cuerpo; con dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piernas que le servían para girar como una hélice por el campo. El andrógino era un ser completo y, como tal, sin necesidades y, por ello, indiferente de los dioses. Zeus —cuenta el mito—, ofendido por el desdén que surge de la autosuficiencia del andrógino, decide partirlo en dos, reducirlo a la mitad, debilitarlo: convertirlo en un ser menesteroso a quien siempre haga falta su otra parte, pues de ese modo —cree Zeus— dejará de ser indiferente y tendrá que volver manos y ojos hacia el Olimpo como un ser sumiso y necesitado.

El amor surge entonces como un impulso hacia el otro, con la intención de recuperar la parte perdida, dice Platón, y dice bien; pero se queda corto, pues no agrega que el amor es, principalmente, un acto de rebeldía contra los dioses: la sublevación natural e inmediata contra la voluntad de Zeus, pues en sentido estricto es a causa del amor que las manos y los ojos de los andróginos fracturados no se dirigen hacia el Olimpo, sino más bien hacia los otros, hacia el abrazo, hacia la cópula que consigue anular, al menos en la práctica, el castigo de Zeus. Porque el amor, aunque pueda no completarnos, es un intento por remediar nuestro ser disminuido, nuestra mengua ontológica. Zeus lo comprende y por ello no sólo parte en dos a los andróginos, sino que revuelve las mitades para que no puedan unirse con su mitad exacta, para que no embonen

perfectamente; pero los hombres, más sabios que el mismo Zeus, en un segundo acto de rebeldía, se abrazan a cualquier mitad y consiguen, aun en medio de la imperfección, olvidar nuevamente el Olimpo, pues de hecho, aunque deseen completarse con su mitad perdida, les basta con construir un remedo de unidad, una comunión aproximada para sentirse satisfechos: el *amor real*.

Burlado, Zeus enloquece y arrecia su castigo: manda la muerte a los amantes y, no contento todavía, los envenena con la muerte en vida: con el aburrimiento.

El nuevo andrógino (la pareja), mal soldado por el amor, vuelve a partirse por la muerte: uno de los amantes es arrancado por Zeus. Pero los hombres, más rebeldes que temerosos, prefieren la viudez a la beatitud y, aunque la muerte del otro los mate un poco, les desgarran las entrañas ontológicas, no por eso dejan de abrazarse, de buscar la comunión mientras dure la vida. Zeus contempla enfurecido la conspiración de los hombres, porque los amantes conspiran en el lecho: ahí respiran juntos y acompañan sus respiraciones, ahí se entrelazan, se mezclan y se funden con el orgasmo, recobran la unidad: el amor si puede contra la muerte, pues aunque *mañana* los amantes tengan que morir, *hoy* olvidan el Olimpo.

La muerte no es bastante: los hombres deberán conocer, aún, el aburrimiento, el hastío del otro, porque la vida, pese a su brevedad, dura demasiado para que los dioses soporten la indiferencia de los amantes y, por ello, Zeus pervierte el amor infundiéndonos el fastidio, el cansancio. El otro, la mitad que brilla, comienza a declinar mucho antes de que llegue la muerte: con el tiempo disminuye el estremecimiento que nos producía la unidad. Pero ni siquiera así consigue Zeus su propósito, pues en medio del hartazgo los seres humanos emprendemos una nueva rebelión metafísica: ya no el amor que finalmente es derrotado por el fastidio, sino la sensualidad, el placer instantáneo que al margen de comuniones metafísicas nos distrae, al menos durante unos segundos, de voltear al Olimpo.

En el mito del andrógino están las claves de la tensión entre el hombre y los dioses, entre el instante y la eternidad, entre la Tierra y el Cielo, pues, aunque de acuerdo con la lógica, cualquier ser partido por la mitad debería consagrarse a lo trascendente y hacer de su existencia una vocación numinosa, lo que ha ocurrido es lo contrario: los hombres se entregan al amor inmanente, al placer instantáneo, y terminan montando, para rabia de Zeus, su raquítrico *absoluto* sobre el puro y rebelde presente.

Porque el amor y el placer no sólo sirven para rebelarse contra Zeus, sino contra su obra: el universo. Los amantes no sólo no miran al Olimpo, tampoco lo hacen hacia la naturaleza, ni hacia la sociedad: los amantes se encierran en una alberca de miradas y caricias cuyo destinatario exclusivo es el otro, y ese otro es suficiente para eclipsar el universo: también el mundo resulta ignorado por el desdén de los amantes, por el

ramalazo de su indiferencia. Y por ello, quienes como Zeus son borrados, ninguneados y excluidos, maldicen el amor, pues la autosuficiencia y la autarquía que genera no son toleradas por nadie.

Así, quienes de espaldas a los dioses y al mundo se encierran a edificar su propio mundo, su paraíso, experimentan al salir la más grave decepción metafísica, pues, por contraste, el cosmos, pese a la propaganda filosófica, es la cosa peor hecha: aquí todo se destartala, todo se pudre, ni la pluma de quetzal aguanta. El amor también sirve para criticar el universo, a través de él se comprende la mala Factura del cosmos: ¿por qué no podemos dejar las cosas a medias y regresar al día siguiente y encontrarlas perfeccionadas, por qué no rige una tendencia antientrópica, por qué dura más el tiempo en el fastidio y no se demora y es lento en la dicha, por qué estamos mejor capacitados para perseverar en el dolor y, en cambio, la felicidad se nos apaga inmediatamente?

Los pantanos del aburrimiento

¿Quién no ha sentido alguna vez el tedio, el hondo tedio que vuelve absurdo seguir esforzándose?, ¿quién no ha desertado, aunque haya sido sólo momentáneamente del entusiasmo, de esa fuerza que nos mueve a seguir adelante?, ¿quién no conoce la vivencia de futilidad absoluta: el aburrimiento? No hablo del mero hastío, ese que despierta en nosotros una determinada persona con lo vacío de su conversación, ni del fastidio que invade a quien carece de proyecto, de quehacer, de actividad o de asunto, sino de esa forma extrema del aburrimiento que —como ha dicho Heidegger— borra toda diferencia entre las cosas y hunde en la vacuidad cualquier empeño.

Obviamente, muchos no lo han sentido, pues un gran número de personas ni siquiera conoce la raquílica holgura existencial que es indispensable para sentir esta o cualquier otra sensación que no sea el hambre; pero, aun suponiendo que se trate de una experiencia exclusiva de aquellos que gozan del privilegio del desayuno, vale la pena revisarla: no como rasgo ontológico del hombre, sino como la exquisita desgracia de cierta clase social (hoy conforman una clase todos aquellos que, de algún modo, han resuelto sus necesidades básicas, ya que la verdadera distancia está entre comer y no comer, y no tanto entre servir la mesa y que nos la sirvan). Me refiero, por tanto, no a todos los seres humanos, sino a todos aquellos que puedan leer este texto u otro cualquiera.

Nosotros, los desayunados, conocemos el aburrimiento y un sinnúmero de zozobras propias de nuestra condición de «clase»: la angustia existencial, el sinsentido de la vida, la preocupación por la merma del espíritu... Detengámonos en el aburrimiento: ese temple, como lo denominó Heidegger. ¿Qué ocurre con el aburrimiento verdadero? No con la mera sensación provocada por un hastío relativo o por la falta de alguna ocupación, sino con ese estado de ánimo general del que no consigue salvarnos nada, precisamente, porque no estamos dispuestos a emprender nada. ¿Qué es lo que suscita esta indolente fadonquez metafísica llamada aburrimiento?

Busquemos una pista en la literalidad de las frases: la gente dice «tren de vida» para aludir al cúmulo de ocupaciones que la libran del aburrimiento, porque estar ocupado es indudablemente un antídoto contra el aburrimiento. ¿Será, entonces, el aburrimiento un desengancharse del tren del interés, un desligarse de la locomotora que

nos remolca y quedar descarrilados, a un lado de las vías, en el pantano de la indiferencia, viendo pasar el propio tren y los trenes de los demás? ¿Estar aburrido significará, por tanto, estar inerte como un vagón al que le falta la locomotora? Parece que sí, que el aburrimiento es antes que nada un desánimo. Pero, ¿por qué se produce este desánimo, qué causa que unas horas, unos días o, tal vez, unos años de nuestra vida se desenganchen?

Si nos fuera posible ver, desde el tren en marcha, las vías completas, el espectáculo total, podría desengancharnos, pues toda vida humana discurre por un círculo sisifesco, por unas vías circulares cuyo diámetro, por más grande que pueda ser, no nos salva de la esférica repetición del día y la noche; pero esta visión no es posible, porque desde el entusiasmo, desde el tren de vida, cada cual sólo puede ver el horizonte que se le viene encima; desde el movimiento, uno se encuentra demasiado ocupado con la meta inmediata, con la refriega diaria y, por ello, las vías completas, el sentido global no puede captarse: tenemos que estar ya en el aburrimiento para comprender que las locomotoras sólo corren para volver al sitio del que han partido; ya en el aburrimiento para entender la vacuidad de un tren que se desplaza en círculo. ¿Qué provoca el aburrimiento, si para tenerlo es necesario ya tenerlo?

El aburrimiento no lo provoca nada: está ahí, siempre en nosotros, al acecho, listo para saltar sobre nosotros al menor descuido. Es nuestro estado original, una condición que se oculta (pero no se extingue) por el apremio de las necesidades o por el artificio de nuestros proyectos: tenemos que *darnos ánimo*, porque lo natural, lo constitutivo, es el desgano: *darnos ánimo* es ir contra nuestra naturaleza, es levantarnos contra la inercia de nuestro ser, ya que si de él dependiera seguiríamos retozando a cuatro patas, o sea que el aburrimiento sí resulta ser un rasgo ontológico y no sólo una desgracia de clase: es el fondo de los seres humanos que emerge en cuanto deponen la guardia. Si el aburrimiento está en el fondo de todos (de quienes pueden leer este texto y de quienes no pueden leer ni este ni otro cualquiera), entonces esto significa que todos poseemos una conciencia del absurdo, aunque sea en estado larvario: una conciencia de que cualquier empeño se desplaza por unas vías circulares o, dicho en pocas palabras, que todos sabemos que no tiene caso, que nada tiene caso, aunque sólo lo reconozcamos en el aburrimiento.

Instalado en el aburrimiento, el hombre se pregunta por el sentido de la vida y una sonrisa sarcástica se apodera de sus labios, porque en ese momento todos los trenes del mundo son indiferentes. Instalado en el entusiasmo, el hombre se pregunta por el sentido de la vida y, con una sonrisa de satisfacción, responde seguro de sí mismo que el sentido es aquello a cuya consecución corre: ¿cuál de los dos está en la lucidez? ¿Quién confunde su entusiasmo con el valor propio de las metas o quién las fulmina con su

desánimo? ¿La importancia es una característica en sí de aquello que perseguimos o un brillo que proyecta nuestro deseo?

Es absolutamente inútil responder estas preguntas, pues el entusiasmo echa a volar un rascacielos de argumentos que invitan a proseguir, en tanto que el aburrimiento es un pantano donde todas las razones se hunden, una arena movediza con fondo suficiente para tragar cualquier frenesí argumentativo. Así, no hay punto de contacto entre lo que arrasa y lo que hace volar.

Pero al margen de la disputa acerca de la lucidez, preguntemos: ¿qué índole de realidad se contempla desde el aburrimiento: cuando nada atrae y nada sobresale, cuando nada nos engancha para correr detrás, cuando cualquier cosa da lo mismo? La absoluta falta de interés hace que desenfoquemos el mundo: ¿los objetos pierden, acaso, su contorno y se opacan? No, cada cosa sigue siendo la que es, sus fronteras se mantienen perfectamente nítidas; pero entonces, ¿qué es lo que vemos que nos deja igual de aburridos? Vemos el mundo desnudo de significado: literalmente *insignificante*. Esta insignificancia no es la nada, es simplemente el ser sin pasión, el ser al margen de nuestros planes. El aburrimiento representa, por tanto, la comunión entre el estado absolutamente anodino del mundo y nuestro metafísico desgano; las demás actitudes son puro delirio.

El futuro no será de nadie

El siglo xx, caracterizado por el mitocidio, también cava la tumba de una de las creencias a las que más fielmente se mantuvo en su primera mitad: el mito de que la tecnología era una panacea. Hoy ralean los aplausos al progreso, ya no es unánime la consideración de que Prometeo sea nuestro benefactor y el proyecto de la modernidad soñado por Francis Bacon: ampliar gracias a los inventos el reinado del hombre sobre el cosmos, ha llegado a su fin. Estamos despertando a un mundo hecho pedazos, a un muladar donde miles de especies —que ni siquiera alcanzaron la clasificación de los zoólogos, los botánicos o los entomólogos— han desaparecido. El cielo azul —azul de ozono— se pica por aquí y por allá como una cubeta de lámina corriente. Testereamos el eje magnético de la Tierra con una bomba de neutrones y la temperatura va en aumento: dentro de poco, los llamados hielos eternos de los polos serán simples icebergs a la deriva, islas flotantes que desaparecerán como un suspiro en los mares tropicales que, a su vez, engullirán las costas.

Lo único bueno, en medio de esta devastación, es que también desaparecen los fanáticos del progreso, aquellos que hace todavía unas décadas tachaban, con repudio estridente, de meros reaccionarios y de pesimistas a quienes se atrevían a disentir de la fe ciega en el mañana: hoy ya es tangible la idea de que el futuro no será de nadie.

Hoy se reduce el número de los jinetes del apocalipsis: de cuatro pasan a ser nada más tres, pero de una efectividad que suple con creces la que tenían en su versión antigua: está, en primer término, el jinete antiecológico, su representación es la humanidad vista desde un aeroplano: manchas de tiña que se extienden desmontando los bosques, lamparones de roña que pelan los cerros, seres humanos que, para simplemente subsistir como miserables agentes entrópicos, exigen el sacrificio no sólo de todas las demás formas de vida, sino de todas las condiciones ambientales que hacen posible la vida.

El segundo jinete tiene la forma de una doble espiral y se llama ingeniería genética: comenzó como una apetitosa naranja de gajos caprichosos a la que resultaba muy sencillo mondar: más jugosa y perfectamente anaranjada, y hoy se encuentra ya casi a punto de definir también al hombre, de hacer de él otra naranja cuya cáscara no oponga resistencia y cuyo contenido no tenga esos incómodos e inconvenientes huesecillos que

nos hacían indóciles. Estamos dando el paso de la selección natural a la selección política del hombre.

El último jinete —pese a que hay una caballeriza repleta de amenazas— es el cibernético: se trata de un antídoto definitivo contra la conciencia, de una puerta magnífica para la evasión, y en el panorama no se advierte ni un solo argumento para oponérsele: me refiero a la realidad virtual. ¿En aras de qué principios se resistirán los individuos a esta droga cibernética? ¿Invocando qué razones se podrá desaconsejar la deserción masiva del mundo real? ¿Qué posee la verdadera realidad para retener al hombre en ella? ¿El hecho simple y llano de su *autenticidad*...?

Si ya de por sí sólo las sensaciones muy intensas nos citaban en el mundo: si sólo el dolor o el placer nos hacían estar *aquí*. Si desde siempre los individuos se la han pasado soñando, soñando despiertos, fugados del presente, ¿qué ocurrirá cuando podamos alucinar un mundo edificado con pixeles visuales, auditivos, táctiles, cuya fuerza de representación desbanque nuestra capacidad de imaginar al hacer de ella un triste y pobre televisor en blanco y negro? ¿Quién, quién que pueda fugarse se quedará? ¿Con qué razones habremos de rehusarnos a formar parte de una sociedad virtual, en un mundo virtual, disfrazados con una individualidad virtual que nos permita vivir todo aquello que *aquí* se nos niega?

Porque la diferencia entre vivir realmente una experiencia y vivirla en el sueño cibernético, ahora sí, confundiría al mismo Descartes, ya que el genio maligno que él imaginó, ha encarnado en innumerables equipos de ingenieros cuyo afán, precisamente, consiste en diluir no sólo la frontera, sino en infundirle mayor certidumbre a la realidad de allá.

Estos tres jinetes cabalgan por el mundo y van dejando tras de sí un reguero de excrementos que al fermentarse se transforman en una sola cosa: control. El deterioro de la ecología hace que el ánimo se disponga al control, que las medidas, cualquiera que sea su nivel de totalitarismo, resulten bienvenidas. La humanidad, asesina de la naturaleza por un lado, se suicida, por el otro, al disponerse sin repugnancia a abdicar de su libertad. En este horizonte, el control genético y el control de los sueños arman la mancuerna perfecta.

Y es que la técnica, concebida como simple proveedora de medios, no resultó ser tan inofensiva. Por largo tiempo se pensó que los medios no eran, en sí mismos, ni buenos ni malos, que lo bueno y lo malo estaba en los fines hacia los cuales se enderezaban los medios. Se creyó que el medio era un *simple medio*, maleable como la plastilina, y hoy en cambio, en mitad de la carrera hacia la destrucción a la que nos empuja el desarrollo tecnológico, comprendemos que los medios, tarde o temprano, terminan por enseñorearse, que prefiguran su fin y que el margen de maniobra que nos

dejan no depende de la voluntad, sino de ellos: comprendemos el hecho evidente de que no es posible acariciar una mejilla con una hoja de afeitar y, sin embargo, habremos de ver hoy, todavía, a quienes defiendan el progreso, a quienes aseguren que la ingeniería genética hace posible la obtención de los fines más nobles y como argumento nos echarán la carretada de alimentos artificiales que hay en cualquier supermercado. Y habrá también, como los hubo en la época de la televisión, quienes argumenten a favor de la realidad virtual, y dirán, como entonces, que de lo que se trata es de que los «programas» nos permitan adentrarnos en los museos, nos transporten a las salas de conciertos o, en una palabra, de que se busque con ellos un provecho cultural.

Ante estos argumentos reitero que «no se ha pensado suficientemente la esencia de la técnica», y que los medios tecnológicos son como las carreteras: caminos rígidos que fatalmente desembocan en su *propia meta*. Podría no ser así; pero la miserable condición humana a eso nos condena, porque la técnica no está en manos de los ángeles, sino en manos de los hombres, y esta insignificante consideración explica su peligro. Pido una vez más un solo ejemplo, del tipo que sea, que falsifique mi aseveración; un solo caso en el que algo no se haya corrompido en la historia. ¿Cómo estar tranquilos ahora, ante el potencial destructivo de la técnica contemporánea, cuando hasta la más pura y noble idea del bien ha servido, en manos de los hombres, para organizar matanzas?

¿Cómo esperar que el futuro pueda traernos la utopía, si hasta las mismas utopías, cuando se han alcanzado, con el tiempo se revelan degeneradas?

El futuro será como el pasado: los fusiles láser servirán para lo mismo que las hachas paleolíticas, el código de barras que los antiguos grilletes, y los protagonistas, sobre todo las relaciones que vinculan a los protagonistas, se mantendrán intactas. Ya es hora de reconocer dos condiciones esenciales del género humano: el irremediable infantilismo de las masas, siempre ingenuas como los niños y, como ellos, crueles; y la mala ralea de los gobernantes. La multitud es capaz por momentos, no lo dudo, de unirse para perseguir los ideales sociales más elevados; pero, más tarde o más temprano, sobreviene en ella el cansancio: se desgrana y los individuos se entregan, con indolente ceguera, a procurar sólo su provecho, pues, cuando termina el instante de heroicidad, el egoísmo y el sentido práctico de la solitaria conveniencia emergen como los verdaderos dioses de la vida cotidiana, porque lo esencial de la multitud es esa inercia que la hace tender a lo fácil. Es el cansancio, no desear otra cosa que estar vivo, no tomarse ninguna otra molestia.

Los gobernantes —no aquellos a quienes una maquinaria electoral encumbra ni los que traen en la sangre su derecho al trono, sino quienes alcanzan el poder luego de arriesgarse y guerrear por los más altruistas ideales— también conocen el cansancio,

aunque sea otro su cansancio: porque la actividad principal, si no es que única, del gobernante, aquello a que ha de dedicar todo su esfuerzo, sin distraerse en nada más, es conservar el poder. La lucha por el poder no termina cuando se alcanza, no termina nunca, porque el poder no es una posesión de la que uno pueda desentenderse: quien se distrae, lo pierde. Esta lucha incesante por la conservación del poder —a la que tampoco se escapan los presidentes ni los monarcas— es una de las causas que explica aquella acertadísima frase que dice: «el poder corrompe», pues quien lo tiene, tiene que defenderlo, y defender el poder desde el poder sólo recibe un nombre: tiranía. La tiranía es el cansancio del gobernante, el endurecimiento inherente a quien practica el poder de forma cotidiana, pues no es tanto que mandar envilezca, sino que hay que envilecerse diariamente para seguir mandando.

Otra de las causas de que el poder corrompa depende del que se reconoce como el aspecto más noble de la política: buscar el bien común, el bien general, el bienestar social, o como se le llame. Quien mira por el interés público adopta, con todo y la buena intención que pueda tener, un punto de vista desde el cual el individuo no cuenta. ¿Qué valen los particulares frente al interés público, y más aún, qué valen cuando no reconocen más interés que su deseo, ni más deseos que su interés? El gobernante, hasta en el mejor de los casos, se convierte en un monstruo: el poder lo corrompe porque no se comporta como un hombre entre los hombres, sino como un dios. Si a esto se añaden las prácticas reales de poder, estamos ante Huitzilopochtli.

Entre la tecnología actual, la gente y el poder, el futuro previsible se parece al infierno.

Detrás del futuro

Cuando me siento hundido no por la miseria, la imbecilidad o la podredumbre de mis contemporáneos, sino cuando me hieren *mis problemas*, esas pequeñas puntas de mi jardín privado (esos vasos de agua que son el único lugar donde cada individuo realmente se ahoga, porque en los grandes mares sólo se moja los pies), me reconcilio con la ontología y le agradezco la paz amarga que me infunde, porque, en efecto, ¿qué son mis desgracias personales en comparación con el sinsentido general del ser? Porque nada he encontrado en la filosofía, salvo esta carta mayor: el as del absurdo con el que le gano la partida a mi suerte.

No soy el héroe que sustituye a su familia nuclear por su pueblo, que acalla su desgracia personal con el clamor de las desgracias epopéyicas de su país y que encuentra en la lucha social una razón de ser que no flaquea; pero tampoco soy el hombre obsesionado por los problemas domésticos que tanto sentido dan a la existencia aunque la conviertan en una telenovela. Soy, precisamente, a causa de la filosofía: de mi buen o mal aprendizaje, un individuo que concibe el juego como la única forma de congruencia con el universo: el juego es serio pero no se toma en serio. Tornarlo en serio, tomar en serio el drama de la existencia es lo que da sentido a la vida y (aunque el sentido sea lo más apetecible, pues nos libra de la desesperación y de la angustia) es, paradójicamente, lo que hace de la vida una tragedia.

¿Qué habría sido de Edipo, el personaje trágico por antonomasia, si no hubiese tomado en serio su destino? De seguro, el mandato de las moiras se habría impuesto de otra manera; pero al menos Edipo no habría salido disparado a cumplirlo. La no seriedad en modo alguno cancela la impotencia del hombre ante la suerte, pero desactiva o aligera sus efectos morales. Es la seriedad la culpable de la desgracia, pero no la seriedad (la gravedad) del destino, que finalmente en todos los casos es la expresión de un capricho imbécil, sino nuestra seriedad, la seriedad con la que tomamos lo que nos ha tocado, lo que nos vuelve trágicos.

Así, resulta fácil «descubrir» el sentido de la vida, pues cualquier meta: no sólo las metas elevadas y trascendentales, sino cualquier insignificancia que persigamos con denuedo da sentido: basta con tomarnos desesperadamente en serio y convencernos de la importancia de nuestra situación. El individuo que se obsesiona sólo por lo suyo (su

familia, su nivel económico, su prestigio personal...) o el héroe que se obsesiona por lo de todos (la justicia, la libertad, la verdad...) son equiparables: ambos toman el juego en serio, ambos se creen responsables, ambos se consideran importantes y atribuyen importancia a lo que traen entre manos; ambos son igualmente trágicos, pues para los efectos de la tragedia no importa el tamaño del drama: es idéntico sufrir por el vestido nuevo para la fiesta, por las colegiaturas de los hijos, por el qué dirán o por el hambre de un pueblo: unos y otros toman en serio su circunstancia, son Edipos epopéyicos o Edipos de telenovela.

La gran tragedia (el sinsentido universal: la intrascendencia del individuo en la intrascendencia del género humano) desvela la ridiculez absoluta de la seriedad. Sin embargo, no estamos en una comedia por más que, en ocasiones de rara lucidez, el absurdo dé risa: «Los hombres —dijo Ionesco— mueren y no son felices». Para cada quien y desde su perspectiva, cualquier asunto grande o pequeño es de vida o muerte. Nos lo tomamos tan a pecho, tan en serio, que resultamos demasiado patéticos para una comedia. Somos tragicómicos, provocamos una mezcla de pena y risa.

La seriedad absoluta es resultado de la absoluta miopía metafísica: el hombre, mientras menos capaz sea de hundir su vista en el futuro, más serio es, y mientras más lejos fondee, menos en serio podrá tomarse. Uno ve el mañana inmediato, un año o diez da igual, y vive en función de ese lapso en el que rige el sentido: se afana, pretende articular cada acción con sus consecuencias, pues «el camino es importante» y, ya sea que los planes resulten y uno se alegre, o que no resulten y uno se aflija, en ambos casos, todo es muy serio: la dicha o la desdicha. ¿Qué pasa, en cambio, cuando en el panorama del futuro, sin considerar los años, se roza la muerte: la de aquellos a los que uno quiere o la propia? Uno se toma más en serio, porque la muerte es lo más serio que puede sucedernos: uno cree, como nunca, que la vida es importante, y decisivo cuanto se haga en ella. Pero, qué pasa cuando la vista penetra detrás del futuro, más allá de la muerte, preguntando: y todo esto, ¿qué caso tiene?

Es en este horizonte donde la seriedad me resulta ridícula, donde la vida, cualquier vida a pesar de su dosis de desgracia, se me revela profundamente estúpida: su grado de crueldad y de miseria no la libra de ser un disparate. Es patético que los seres humanos además de morir no sean felices, me parece ya un exceso digno de lágrimas, pero también de risa: un juego muy serio y, precisamente por eso, una insensatez tomarlo en serio.

No me refiero a la risa irresponsable del simple que se ríe de todo, sino a la risa de regreso, a la risa final que vuelve de entrevistarse con la nada de la muerte, a la risa amarga, a la risa insatisfecha: pero a la risa al fin y al cabo.

Fábula del orangután

Había una vez una horda de orangutanes que colgaban de una cuerda: una cuerda que parecía un tendedero en el espacio, un largo mecate cuyas puntas no remataban en postes ni estaban amarradas a nada, sino que flotaban en el vacío. Se había especulado mucho acerca de por qué la cuerda no caía. Se decía, por ejemplo, que la cuerda era el pelo de un mandril gigantesco y milagroso, capaz de arrancarse millones de pelos como ése sin mostrar signo alguno de calvicie.

Ante esta clase de hipótesis, unos orangutanes reaccionaban con violencia sacudiendo las patas, pues no estaban dispuestos a ser unos piojos de su dios, y otros, en cambio, aun a riesgo de perder el sostén, aplaudían con júbilo la explicación, pues les parecía más lógico ser piojos que dioses en miniatura a imagen y semejanza del mandril supremo.

Los monos hacían de todo: se balanceaban prendidos de la cola, se turnaban de mano para descansar o para rascarse la poblada frente y, a veces, hasta caminaban con sus pies arqueados sobre la tensa cuerda conservando el simiesco equilibrio. Tampoco era extraña una disputa por un mayor tramo de cuerda: en el momento menos pensando se hacían de gruñidos ofensivos y de golpes, a floraba una furia que sacaba chipas y las encorvadas siluetas se recortaban ensangrentadas contra el fondo vacío del espacio. Los más débiles se replegaban lastimados o se soltaban de la cuerda y se precipitaban al abismo, y los más fuertes ocupaban triunfantes el tramo conquistado. Siempre que esto ocurría, el chango vencedor trepaba sobre la cuerda, pisaba las manos a todos los changos colgados y les exigía, según fuese de canalla y poderoso, una cuota de pelos: un puñado, dos puñados y hasta tres puñados. Nadie se atrevía a chistar, pues la imagen de los simios derrotados, o muertos, perduraba por muchos años: el orangután homicida se encargaba de recordarla señalando al abismo a la menor muestra de inconformidad. La situación, sin embargo, jamás se mantenía indefinidamente, pues con el tiempo alguno de esos monos de nudillos aplastados y pelambre esquilmada terminaba por rebelarse y, entonces, había un nuevo tirano o se refrendaba la vieja dominación.

Esta clase de guerras era tan frecuente a todo lo largo de la cuerda, que despertó una variada gama de explicaciones y de pensamientos relativos a la condición simiesca. Así, se creía que la esencia del mono era, claro, estar colgado del mecate, pero también

y sobre todo, dominar el mecate: impedir que los monos vivieran a rienda suelta. Tenerlos sometidos al orden, y el orden, por supuesto, consistía en arrancarse los pelos y entre_ garlos dócilmente al orangután que estuviese por encima de la cuerda, quien estaba ahí porque ahí lo había puesto el mandril supremo, ya que si estaba ahí eso corroboraba su destino manifiesto.

La extensión de la cuerda y la cantidad de monos que colgaban de ella hacía imposible que un único orangután pudiera ejercer su imperio a todo lo largo. La cuerda estaba dividida en sectores y, a cada tanto, campeaba sobre la cuerda un chango que, obviamente, miraba codicioso hacia el sector vecino y acribillaba con ojos de furia al dictador rival. Con los siglos, el gobierno en la cuerda se fue concentrando, pues con los puñados de pelo que cada orangután jefe recibía se tejieron largos látigos capaces de alcanzar con su relámpago a monos más distantes: esto redujo el número de los jefes y aumentó su crueldad, pues de los puñados de pelo pasaron a exigir dientes y colmillos y, cuando se suscitaba la violencia, hasta le arrancaban un hueso al mono disidente antes de tirarlo al vacío: el fémur, la tibia o el cóccix.

Al final, enloquecidos por la sangre y enloquecidos por su ilimitado poder, los orangutanes amos se pusieron a golpear unos enormes huesos hasta sacarles filo. Fue entonces cuando uno de ellos, levantando su machete óseo, amenazó con partir la cuerda si no se sometían todos y, para demostrar su poder, asestó un golpe: la cuerda se partió y todos los monos, junto con los trozos del mecate y junto con sus ideas acerca del mandril supremo cayeron al abismo, al pozo insondable de la coprológica muerte.

Aforismos de la cabeza

Yo soy de esos a quienes está vedado escribir frases como: «Siempre he pensado que *esto es así*». Mis convicciones son tan inestables que me duran más los zapatos: unas medias suelas me aguantan hasta cuatro meses; una idea, en cambio, se me deshoja en un par de semanas. Por eso estimo en más unos tenis que un libro de filosofía, ya que a ambos los someto a la única crítica que realmente vale: el camino.



He hecho tantas cosas útiles con la cabeza desde que dejé de pensar, que he empezado a encariñarme con ella: ya le saqué las piedras a mi almohada y ahora me cuido de las ramas bajas de los árboles. Si todo sigue así, un día hasta podré quitarme el birrete de catedrático de filosofía, sólo estoy esperando que se me caigan las orejas de burro que ahí guardo.



Si la cabeza fuese la parte más noble de nuestro cuerpo no estaría cubierta de pelos y de otras excrescencias. Más virtud hay en las calvas rodillas que se amoratan si permanecemos hincados mucho tiempo, y más sabiduría en las mullidas y humildes posaderas que van siempre a la zaga de nosotros. Yo por eso prefiero irme de cabeza.



No es casual que los dogmáticos y los autoritarios odien a los tontos y los llamen con ánimo agresivo: cabezas huecas; sus órdenes y sus teorías les entran por una oreja y les salen por la otra. Los tontos, tan no son tontos que se ríen todo el tiempo. Los verdaderos tontos son aquellos que se toman en serio, pues no entienden que ellos mismos son una broma.



Es lamentable que por razones intrínsecas a su naturaleza, los payasos no aspiren al poder y, en cambio, todo filósofo quiera ser rey: ¿qué habría sido del mundo si lo hubieran gobernado los bufones, y los filósofos se hubieran dedicado a la diversión? A lo mejor estaríamos exactamente igual; a lo mejor eso es lo que ha ocurrido.



El que ríe al último es un pobre vengativo que se amarga esperando su oportunidad; es mejor reír desde el principio, porque quien ríe primero, ríe dos veces y porque lo reído nadie nos lo quita.

Manifiesto inconforme

(Con el objeto de contribuir al arsenal de las protestas, al repertorio de las frases incendiarias, y de dotar con un machote a los inconformes, a quienes la rabia les taponó la boca y les disuelve los sesos, ofrezco humildemente este Manifiesto, esta diatriba Válida para toda ocasión.)

Contra Quien Corresponda:

Sofocados por el absoluto control que mantiene descerebrada a nuestra sociedad; hartos de la andanada de mentiras con las que el poder se maquilla en los medios de comunicación; alarmados por las prácticas homicidas con las que se aplasta cualquier forma de disidencia, por más cauta y moderada que sea, e indignados por el actual estado de injusticia que hunde en la indigencia al 99.99 por ciento de la población, mientras que el 0.01 por ciento se ceba en las delicias de la opulencia, hacemos un llamado a todos aquellos que aún posean un poco de dignidad, de moral y de sentido de justicia, para emprender la transformación que la más insignificante dosis de conciencia está reclamando.

Sabemos que nuestro grito tronará en el desierto, que se han envilecido los ideales, que el poder —para garantizar su inmundada pervivencia— ha socavado los valores haciendo que las banderas de las mejores causas se conviertan en trapeadores que ondean en el fango del relativismo. Sabemos que, a fuerza de vivir en la opresión de este odioso sistema, se ha terminado por admitir lo inadmisiblemente como la cosa más natural del mundo y que son unos cuantos quienes perciben hoy la diferencia que hay entre vivir de pie y vivir de rodillas. Sabemos que es inútil y suicida todo intento de rebelión, pero nos mueve una certeza: la seguridad de que la razón nos asiste, de que la justicia está de nuestro lado y de que nuestro triunfo se podrá aplazar pero llegará inevitablemente, pues hacia nuestra meta se orientan el sentido mismo de la historia y los más auténticos anhelos del pueblo.

No habrá poder capaz de sostener indefinidamente esta tiranía: ni la colosal fuerza pública que se cierne sobre nosotros y que se arroja sobre cualquier asomo de inconformidad, ni esa moderna fuerza de la tecnología bélica que las espurias potencias extranjeras han ofrecido para someternos, ni siquiera esa campaña sistemática para persuadirnos de que nuestra sociedad va a componerse, nada: ni la indiferencia hipnótica de las masas ni la muerte podrán impedir la marcha hacia nuestros ideales de justicia y libertad. Algún día, así tenga que salir a flote como una burbuja en un mar de sangre, llegará el mundo que soñamos. No importa que la sociedad esté adormecida. No importa el número de los traidores a la causa. No importa la magnitud del exterminio de que podamos ser objeto. Hay algo que es insobornable: la pujanza de una vanguardia convencida de que el futuro habrá de ser distinto, de que el futuro tarde o temprano será nuestro.

Clasificación de peroratas de la demagogia

1. «Es mentira. Todo cuanto se ha dicho al pueblo es mentira: son patrañas inútiles, pues el pueblo sabe mejor que nadie lo que le conviene y lo sabe desde hace siglos, porque, desde hace siglos, padece un sinfín de desgracias y sufre la miseria en carne propia, y por ello nadie, salvo los más viles, salvo los explotadores que lo flagelan con el hambre, salvo los tiranos que pretenden someterlo incluso con la muerte, podrá negar que el dolor abre los ojos al pueblo y lo vuelve consciente». (Teoría que propone al sufrimiento como garantía de infalibilidad epistemológica y como método de conocimiento.)
2. «El pueblo es noble y paciente y de eso se han valido los gobiernos corruptos para cometer sus abusos y sus crímenes: de la esperanza, que no de la ingenuidad del pueblo, de la esperanza que dignifica a las mujeres y a los hombres, de su fe inquebrantable en el mañana. Pero una nueva época comienza: a partir de ahora, las palabras ya no serán promesas vacías, sino el anuncio de acciones inmediatas; un instrumento para medir con él nuestros pasos que habrán de solucionar, de una vez por todas, la difícil, y en ocasiones terrible, situación de desgracia de un pueblo, que no es un pueblo como cualquier otro, sino un pueblo noble, un pueblo bueno y, por ello mismo, un pueblo merecedor de un futuro glorioso». (Teoría de la súbita discontinuidad de la historia.)
3. «En las Repúblicas no existe nada más sagrado que la autodeterminación del pueblo, que la voluntad ciudadana expresada en las urnas. Mediante el voto, los pueblos otorgan su mandato a los gobernantes para que estos, cual sumisos servidores, acaten y ejecuten los designios populares y procuren el bien de la Nación». (Teoría simplemente encantadora.)
4. «A la larga, el pueblo apreciará las ventajas de lo que hoy le parece amargo». (Tesis entrópica, rigurosamente verdadera, fundada en la exactísima teoría del fatal empeoramiento de las circunstancias.)
5. «No se puede engañar permanentemente al pueblo. El pueblo despierta tarde o

temprano. Cobrar conciencia es el destino inevitable de los pueblos». (Teoría de que la historia no existe.)

6. «No se puede engañar permanentemente a la sociedad civil. La sociedad civil despierta tarde o temprano. Cobrar conciencia es el destino inevitable de la sociedad civil». (Nueva teoría de que la historia no existe.)
7. «No se puede engañar permanentemente a los hombres y a las mujeres de la sociedad civil. Los hombres y las mujeres de la sociedad civil despiertan tarde o temprano. Cobrar conciencia es el destino inevitable de los hombres y de las mujeres de la sociedad civil». (Novísima teoría de que la historia no existe.)
8. «El pueblo ya no soportará un nuevo sacrificio». (Hipótesis de la capacidad infinita.)
9. «Es doloroso, pero resulta necesario un nuevo sacrificio». (Hipótesis de la capacidad infinita.)
10. «¡Basta ya de demagogia! El pueblo exige, el pueblo quiere, el pueblo reclama las riendas de su historia. El pueblo ha despertado y no habrá obstáculo capaz de impedir su gran marcha hacia sus inaplazables ideales. Hoy comienza el mañana. Hoy el futuro es nuestro». (Principio del eterno retorno.)
11. «En el pasado se han cometido errores, faltas graves contra el pueblo; pero hemos aprendido y, sobre todo, hemos avanzado, hemos ganado un trecho en el camino, y ahora esas experiencias servirán de plataforma para que vayamos más lejos: tanto como sea la confianza en nosotros mismos, porque un pueblo sin confianza es un pueblo derrotado». (Otra versión del principio del eterno retorno.)
12. «Nosotros no hemos de prometer nada, porque el pueblo está cansado de promesas. Nosotros sólo afirmamos, con nuestra más enfática convicción y con nuestra voluntad inquebrantable, que todo, absolutamente todo, habrá de cambiar con nosotros: tenemos los recursos, tenemos la firme voluntad y tenemos, y esta es la principal garantía, el apoyo y la vigilancia del pueblo». (Otra versión del principio del eterno retorno.)
13. «Ya estuvo bueno de demagogia, la sociedad está cansada de tanta demagogia. La sociedad espera, la sociedad desea, la sociedad exige conocer la verdad, la absoluta y rigurosa verdad». (Teorema que plantea el interés epistemológico de cada uno de los individuos que integran el pueblo.)

14. «¡Nosotros!» (Axioma básico de la demagogia.)
15. «¿Nosotros?» (Axioma básico de la democracia.)
16. «Ni modo, qué más da, así es la vida». (Condiciones absolutas de posibilidad.)

Silogismo de la demagogia:

Porque si, como dijo Bismark: «La política es el arte de lo posible» y si como enseñan las circunstancias: lo posible siempre es poco y desagradable, entonces, el discurso político que busca simpatizantes será eternamente demagógico.

Antesala a la ontofobia

Porque esta vida es insufrible: seca como el bacalao, monótona como un reloj, pálida como los fantasmas, y las más de las veces sin chiste y sin gracia, todos procuramos estar el menor tiempo posible en ella: a la primera oportunidad nos evadimos hacia el sueño diurno o por la ventana del televisor o a bordo de la butaca de un cine o a través de la lectura, y hasta hay quienes, por impaciencia o por hartazgo, deciden cortarla rebanándose las venas o ahogándose en la almohada de los narcóticos. No importa el modo: cada cual elige el más acorde con sus recursos y debilidades, pues lo mismo sirve un galón de *brandy* que un novelón de Tolstoi, una cancioncita pegajosa y recurrente, o un billete de lotería capaz de ilusionarnos.

Siempre estamos dispuestos a la fuga, a poner en el radar de la conciencia las imágenes que vienen de la fantasía, porque las que proceden de la vida son generalmente un fastidio: vivimos de espaldas a la realidad, si no la mayor, sí la mejor parte del tiempo, y salvo algunos masoquistas que se aferran a la insípida cotidianidad y no la sueltan, los demás, soñadores y distraídos, somos una legión de sonámbulos que vamos por las calles con los ojos en blanco pensando en otra cosa. Y es que aparte del amor (que al fin es otro sueño) son pocos los motivos por los cuales uno baja de buen grado al mundo, normalmente lo que nos lleva a él es el dolor o el hambre.

Renuncia ontológica

Nunca me he sentido orgulloso ni plenamente identificado con la especie animal a la que pertenezco, por lo que ahora, ya harto, renuncio a la posición erecta que sólo ha permitido al hombre destacarse, enseñoreado y victorioso, sobre un montón de cadáveres; renuncio a la facultad racional que sirve para el cálculo y la estrategia de la guerra, y renuncio a la pretendidamente sublime cultura de los hombres: milenios de civilización no nos cambiaron: seguimos siendo los mismos caínes de costumbre, aunque hoy en vez de quijadas usemos misiles. Desde ahora, como no puedo volar andará a cuatro patas, como no puedo impedir que mi razón siga relacionando hilaré, en protesta, únicamente sueños. Soy el primer ejemplar de una nueva especie ontológica de desertores.

Manifiesto ontofóbico

ANTECEDENTES AUTOBIOGRÁFICOS

Desde antes de nacer, cuando en el fondo del vientre de mi madre carecía de lenguaje, cuando mi boca aún no se rajaba y tenía el rostro embozado de piel, ya mis manos buscaban sobre qué cerrarse: setenta veces intenté subir por aquella escalera de vértebras resbalosas, y setenta veces caí en el océano amniótico sin haber logrado arrancar esa manzana en forma de corazón que allá en lo alto del tórax de mi madre iba y venía diciéndome que NO. Cómo lamenté, años después, cuando en mi infancia conocí las resorteras, no haber tenido, en el pasado prenatal, un instrumento de esos para derribar de una pedrada aquel fruto prohibido y palpitante que estuve a punto de alcanzar el día en que burlado, magullado y resentido fui arrojado al mundo.

Nací odiando todo, pues inválido en mi cuna, incapaz de sostenerme en pie, de defenderme a puñetazos de las caras borrosas que se inclinaban a besarme con la fetidez de sus labios adultos, sólo podía llorar, amarotarme, retorcerme dentro de la chambrita azul que me pusieron a modo de camisón de fuerza, porque desde el comienzo fui tratado como un loco, o mejor aún, como un imbécil a quien le hacían muecas grotescas y ridículas: se colocaban frente a mí y metiéndose el dedo en la boca producían unos ruidos estúpidos: *agú dadá, agú dadá o pruu pruu purrú*. Y luego, para colmo, sin pensar en mi dignidad ni en mi piel escaldada por la incontinencia, me buscaban las cosquillas haciendo que me revolcara como un trozo de carne sin voluntad. Nunca odié más a mis padres.

Constantemente sentía hambre, frío, sed, calor, angustia y un incontenible deseo de alcanzar el corazón de mi madre, al que por cierto, muy pronto sustituí por el foco, corazón del cuarto, y después, como Calígula, por la Luna, corazón de la noche. Fue mi anhelo de imposibles lo que me hizo crecer, desarrollarme de frustración en frustración: desde el frasco de mermelada prohibido hasta la prohibida cintura de mi maestra de kinder, desde el sueño prohibido de acogotar a mi padre hasta la almohada donde estrujaba a Marilyn Monroe, Kim Novak, María Félix y una larguísima serie de mujeres prohibidas que hicieron de mi un mocoso precoz, misógino e insomne.

Mi pubertad transcurrió en enfermerías, donde me paraban las hemorragias nasales

con compresas en la frente, o en la cocina de mi casa con un bistec sobre los ojos, pues de mis contemporáneos sólo conocí los golpes, y de mis mayores, los golpes, la corrupción y la terquedad. Llegué a la adolescencia convertido en un consumado misántropo, pues no sólo odiaba a todos los seres humanos, cualquiera que fuese su clase social, color, sexo, edad, religión o postura política, sino que también me odiaba a mí mismo como a mis prójimos, pues era tal el parecido con mi padre que no podía verme al espejo ni matarme: qué asco manchar mis manos con esa sangre de su sangre.

Me volví retraído, arisco, solitario. Sólo me sentía bien con los objetos: la pared del pasillo, la dura, lisa y fría pared que acariciaba con los brazos extendidos; los mosaicos del baño sobre los que apoyaba primero una mejilla y luego la otra durante horas hasta resfriarme; la coladera de la tina sobre la que ponía el oído para escuchar los eructos del caño y enterarme del horario escatológico de los vecinos. Pero hasta ese mundo de terrones de arcilla que pulverizaba con los dedos, de alfileres cuyas agudas puntas me ponía a mirar extasiado; ese mundo maravilloso de bolsas de celofán, cortinas de plástico, manteles ahulados, micas y láminas de acrílico, objetos que semejaban condensaciones del vacío, comenzó a repugnarme: se trataba de cosas transparentes, pero existían, estaban ahí, eran. La misma agua incolora, inodora e insípida tenía el defecto de existir; el aire completamente vano, sutil y microscópico estaba ahí, hasta las inasibles e inmateriales ideas tenían ser: eran reales como el corazón de mi madre.

Yo aprendí la palabra «misoginia» en Papini y «misantropía» en Lovecraft; pero mi odio iba más allá: mi odio era rotundo, total y metafísico, y requería un concepto, un término preciso que nunca encontré en nadie: ni siquiera en Shopenhauer que con el Nirvana anduvo cerca, ni siquiera en Cioran que con su moderno escepticismo anduvo cerca, ni en Bataille, ni en Bukowski, ni en el tenebroso Mallarmé. Nadie había odiado lo suficiente para acuñar la palabra *ontofobia*, nadie había execrado lo bastante la existencia para inventar el verbo *ontofobiar*. Yo, en cambio, desde nonato lo he ontofobiado todo.

EXPOSICIÓN DE LA ONTOFOBIA

No basta con odiar la realidad, es preciso ignorarla: el odio es todavía una manera de vincularse con el mundo, una forma de deferencia, un esfuerzo que las cosas no merecen. Uno se consuela odiando, viendo desde el resentimiento, soñando con el ansiado día en que por fin todos los días terminen y la mala levadura de la que está hecho cuanto existe se pudra, se agote, se caiga en trillones de pedazos al fondo de la nada.

No hace falta esperar ni contribuir con nuestro odio a esa aniquilación: los ontófobos somos destructores pasivos, porque la acción, sea cual fuere el estrago que provoque, hace reverdecer el universo y gesta, siempre, un nuevo orden espurio: se puede golpear la roca pero sigue arena, se puede golpear la arena pero sigue harina, se puede golpear la harina hasta hacerla talco y aun el talco se puede triturar para volverlo éter; pero aunque golpeáramos el éter no podríamos deshacernos del espacio y, en cambio, no existe nada que resulte capaz de resistir el liso desdén de la espalda ni la indiferencia fulminante de unos ojos en blanco.

Los ontófobos, con todo, no perdemos la esperanza, pues de la Tierra nos conmueve el irrefrenable crecimiento de los desiertos, y del cosmos, la proliferación de los hoyos negros; nos conmueve también la lenta ruina que se va abriendo paso a través de las grietas, las cuarteaduras y las fallas del planeta; nos conmueve la muerte entrópica, insaciable y sistemática; nos conmueve la enfermedad: nos deja heridos, tumbados en la cama, disminuidos y lacios; nos conmueve el olvido: las quiebras amorosas, los ademanes que no obtienen respuesta. Nos conmueven los brotes en que surge el vacío, y saludamos conmovidos cualquier indicio, cualquier pálido anticipo de la nada.

Los ontófobos somos solitarios. Los ontófobos no cabemos en el mismo cuarto, ni en la misma casa, ni en la misma ciudad: cada universo tiene suficiente con un solo ontófobo. Nosotros despreciamos a quienes son incapaces de estar solos, a quienes necesitan formar una pareja, pertenecer a un club, entrar en una cofradía de enfermos para hacerse fuertes. Nosotros despreciamos a los montoneros, a quienes sólo es posible psicoanalizar en masa, a quienes tienen el alma colectiva, y despreciamos a quienes se distinguen de la masa volviéndose sus jefes, sus representantes: no son nada, no valen nada; son la carátula de millones de seres zagueros, insignificancias que consiguen sobrenadar. Los ontófobos despreciamos a quienes nacen con la vocación de apelmazarse, a quienes se conglomeran como bolitas de poliuretano para formar esos rebaños que se llaman sectas o sociedades. Despreciamos a quienes se juntan para buscar calor «humano»: más de una persona irradia un calor que ya no es humano. Despreciamos a quienes liman sus aristas con tal de acoplarse. Despreciamos a quienes están de acuerdo, a quienes comulgan con el mismo dogma: son altaneros, iracundos, peligrosos; muerden a los del bando contrario. Los ontófobos despreciamos también a los del bando contrario: en esencia integran un bando igual de belicoso y cerrado. Despreciamos a todos los bandos. Los ontófobos somos solitarios.

Los ontófobos odiamos a los solitarios, son tan poca cosa que no los admiten en los rebaños: son engreídos, envidiosos, egoístas, pusilánimes y románticos. Los solitarios son almas contestatarias, puntualmente idénticas aunque inversas, siempre a un paso de ser asimiladas, de disolverse en la masa que desprecian. Los ontófobos odiamos el

desprecio, porque no es la genuina indiferencia, es todavía una soga que amarra con el mundo, aunque sea una soga que flagela. Los ontófobos odiamos los látigos porque reparten caricias del odio, porque lamen con su lengua allí donde escaldan, allí donde el estallido se hace surco en la carne para sembrar la sumisión. Los ontófobos odiamos la sumisión porque es el cemento con el que se construyen los tronos de quienes deciden el orden. Y sobre todas las cosas, los ontófobos odiamos el orden, porque el orden es el soporte de la realidad.

Y por eso preferimos el silencio a la furia y al sonido, y nos parece mejor el nadir que el cenit, y creemos que el caos está por encima del cosmos, y la antilógica de la poesía por encima de la lógica cuadrículada de la ciencia. Los ontófobos estamos más cerca de la anarquía espontánea de la plebe que de la anarquía reflexionada de la aristocracia: el poder nos produce náuseas, y la riqueza, placer. A los ontófobos nos atrae el placer, porque el goce extingue por un momento la conciencia, y nos gusta la risa, porque es un solvente del orden: lo que *divierte divorcia del universo*; no es casual que la risa sea fragmentaria: entre cada ja ja se cuele la nada: por eso la risa rompe cuando embiste. Los ontófobos amamos la risa y, por ello, nos dan risa los románticos, esos odiadores moderados: adolescentes con un ridículo conflicto de abismo generacional. El abismo que los ontófobos quisiéramos cavar no es tan sólo la fosa para que quepan nuestros padres, es el barranco para lanzar a Dios con todos los dioses y todos los mundos. Es el abismo cavado por la risa, la risa fácil de todos los días, la risa que está al alcance de cualquiera, pero, principalmente, la risa de quien tiene el valor de reír a solas.



ÓSCAR DE LA BORBOLLA (México, 1949) es un novelista filósofo que se ha situado como un autor esencial en la tradición recorrida por Voltaire, Sartre, Camus... Con libros como *La libertad de ser distinto*, *La rebeldía de pensar* o *Nada es para tanto*, Óscar de la Borbolla se ha convertido en el símbolo contemporáneo de que el pensamiento filosófico puede ser expresado en deslumbrante narrativa.